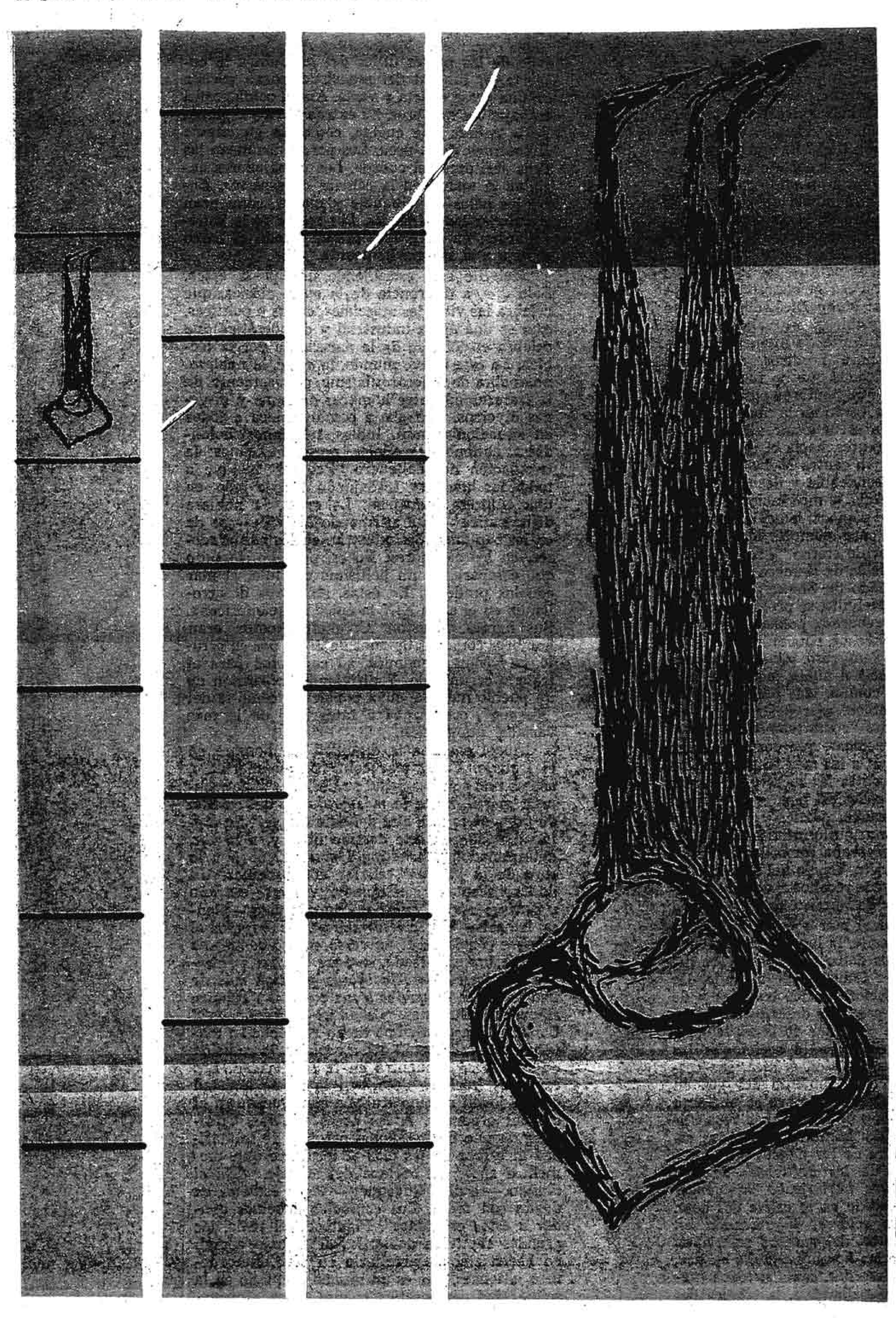
lunes

LUNES DE REVOLUCION



NUMERO 58
MAYO 9
PROMETEO
DESENCADENADO
POR CARLOS FUENTES

PROMETEO DESENCADENADO

LA MORAL NORTEAMERICANA

A TRAVES DE MOBY DICK

POR CARLOS FUENTES

Moby Dick es la historia de la lucha entre el Capitán Ajab y la ballena blanca.

La fórmula concentrada podría decirlo todo, o nada, acerca de la más extraordinaria obra creada por la literatura norteamericana del siglo XIX. ¿Qué es *Moby Dick*? Es una gran aventura marina. Es un gran reportaje sobre la industria ballenera. Es un gran canto a la naturaleza, al trabajo y a la dignidad del hombre. Es una gran obra simbólica de la condición humana. Es una profecía inclinada sobre las inminencias de nuestro tiempo. Es un corte profundo de la textura espiritual y política de los Estados Unidos de América. Pero la enumeración sólo puede ser limitativa: *Moby Dick*, obra de arte perdurable y transmisible, posee validez dentro de una proyección infinita de niveles de comprensión. Hoy, para nosotros, tiene una pluralidad de significados que no fueron, o serán, idénticos a los que hombres pasados o futuros habrán visto o verán en la novela. Intentaremos, por esto, la escueta aproximación, de los niveles más aparentes, hacia el centro de la obra: la lucha de Ajab contra Moby Dick.

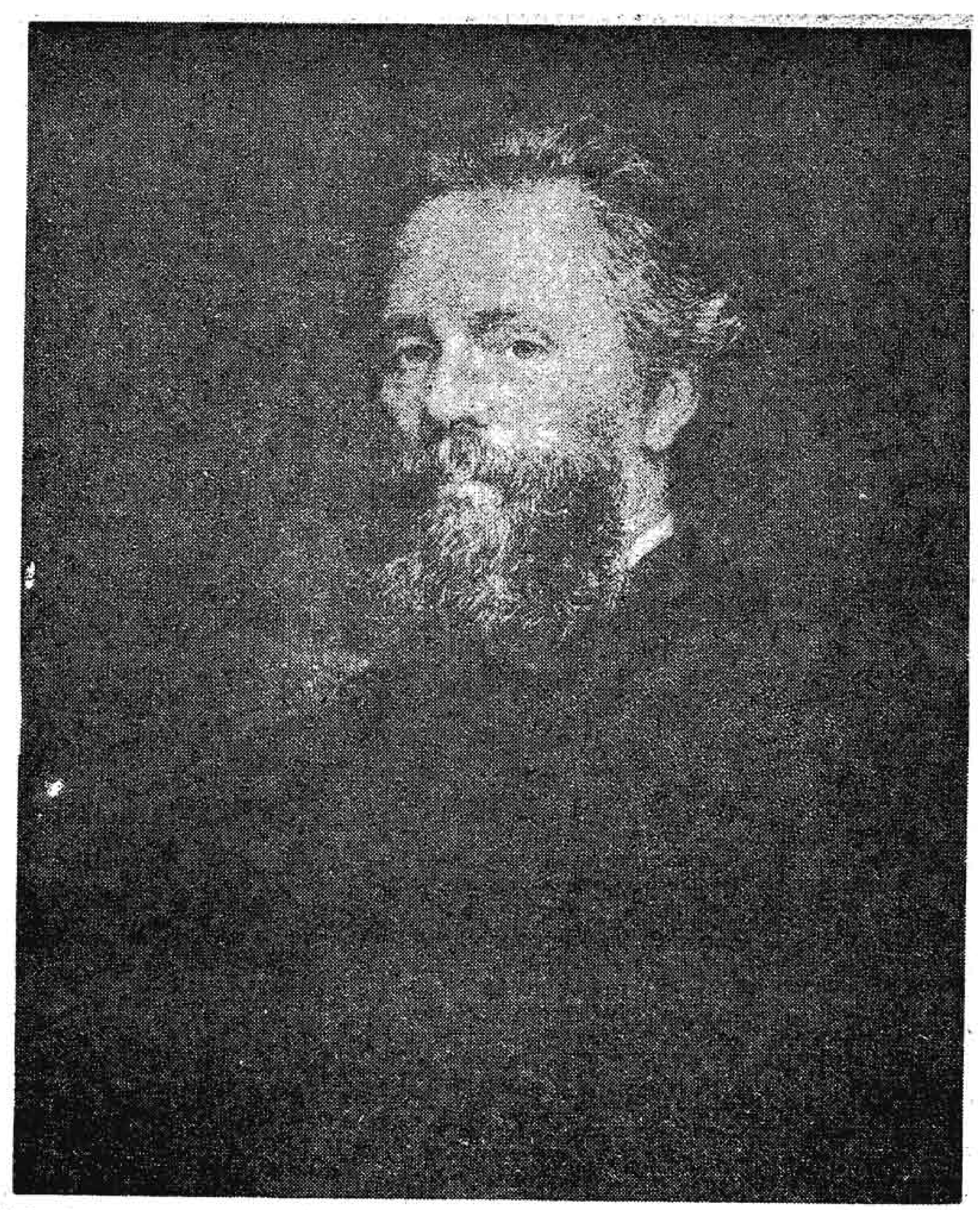
El más vasto, insondeable y desnudo: el escenario es el mar. Agua y meditación —afirma desde las primeras páginas Ismael, el narrador— están unidos para siempre. Melville nos sitúa ante el espectáculo eterno *"y sin embargo, tan nuevo"*. La tradición de Homero y Camoens, los autores que al lado de Shakespeare iluminan verbalmente a Melville, se prolonga en esta naturaleza abierta, generosa, poblada de rumor cromático. Mar bienhechor, ruta anhelada: 'Llue*ve apaciblemente a Sotavento. ¡Qué vista maravillosa! Debe conducir a algún lado... a algo mejor que la tierra común, más próspero y floreciente"*. Pero también, mar destructor y terrible, que se levanta *"como lenguas enhiestas de serpientes enfurecidas"*, que destruye a sus propias criaturas, aún a las más potentes ballenas, estrellándolas contra las rocas y las ruinas de las naves naufragadas. El mar es el elemento de continua recreación poética y de asimilación humana cuyo murmullo infinito Jonás, delante del Señor, conservaba como dos caracolas en los oídos. Es, por fin, espejo del hombre: espejo en el que se puede reconocer al mundo entero o sólo la tumba de Narciso.

Los hombres van al mar a cazar la ballena y a extraer, de su aceite, la luz. Detenidamente, Melville acumula los datos precisos acerca del cetáceo, la caza y la industria de a bordo. De la clasificación minuciosa de las ballenas y de su historiografía, se pasa a la descripción, interna y externa, de un ejemplar de la especie; de la descripción individual, a la sociología: las manadas de ballenas, su vida erótica, sus costumbres colectivas, el nacimiento del pez en una laguna indonésica. El hombre se enfrenta a la ballena en la caza, y las escenas respectivas poseen una belleza homérica: *"Oleadas escarlatas surgían ahora de los flancos del monstruo como arroyos de las vertientes de una montaña... la sangre burbujeaba, hirviente, a trechos largos, fundida en la estela del bote. Los oblícuos rayos solares, jugueteando en aquel estanque carmesí del mar, se reflejaban sobre los rostros de los hombres que, a su vez, parecían canjearse destellos, como si todos fuesen rojos"*. Los botes balleneros, la técnica del arpón, la línea, el amarre de la ballena al flanco del barco, el acoso de los tiburones, el traslado de las partes útiles del leviatán a la cubierta, el funeral del monstruo, pasan revista en una prosa exacta y varia. Ahora comienzan a trabajar los hombres. Se extrae el rico esperma de la cabeza que cuelga, como un gigantesco Holofernes, de la proa. Los pernos arrancan las tiras aceitosas del cuerpo. Los trabajadores enrollan la manta en la cámara de esperma. Entre los palos de trinquete y mayor, comienzan a trabajar las refinerías. Los restos de la ballena arden en su propia grasa, y todo el barco semeja una sábana llameante.

Melville está escribiendo una prosa épica. Sólo que, a diferencia de la épica clásica, que celebra las virtudes marciales, éticas o políticas, esta es una épica industrial y democrática que celebra el dominio de la naturaleza por la técnica. En este nuevo mundo, la *areté*, la nobleza, no es obra de la jerarquía sino, precisamente, de la fraternidad entre hombres de razas y orígenes diversos. El trabajo común coloca a todos en situación común. Indios, tahitianos, holandeses, chilenos, españoles, norteamericanos: la tripulación del ballenero "Pequod" incluye a todos los hombres, trabajando, lado a lado, en una empresa industrial. La *areté*, la nobleza democrática —está afirmando Melville— se da en los capitanes de industria, en los exploradores, en los cazadores. No es, por ello, fortuito que compare, en un bellísimo capítulo, al mar con las praderas. En éstas, se estaba desarrollando en el siglo XIX la épica norteamericana. Sus héroes, Houston, Crockett, Austin, eran hombres comunes dotados de *areté* por su arrojo, su visión económica, su capacidad para el trabajo organizado. Y dirigían la expansión de un pueblo mestizo, cuya población, como la del "Pequod", comenzaba a integrarse de la más variada inmigración.

Ismael encarna la dignidad del hombre en el trabajo. Va al mar como simple marinero, asumiendo con exactitud su destino, *"listo frente al mástil, hasta lo más profundo del castillo de proa, en lo más alto del palo mayor"*. Su dignidad reside en este destino libre y, a la vez, determinado: *"A'whaling I must: Debo ir a la caza de la ballena"*, afirma con sencillez. Un destino aceptado con humor: *"En este extraño y confuso asunto que llamamos la vida* —piensa Ismael— *hay ciertos momentos en que el hombre considera al universo entero como una enorme broma pesada, aunque apenas vislumbre en qué consiste la broma y tenga más de una sospecha de que es a sus costillas"*. Humor, sí, pero sin ilusiones: *¿Quién no es un esclavo?"* Consciente a un tiempo de su enajenación material y de la libertad de su espíritu, la solución de Ismael se encuentra en la solidaridad. Los capítulos iniciales describen la firme amistad que el joven marino trababa con Queequeg, el caníbal arponero. A las pocas páginas, Queequeg da una demostración práctica de solidaridad al salvar de las olas al insolente que, momentos antes, se burlaba del salvaje. *"En el mundo* —se dice Queequeg— *todos estamos en deuda con todos. Los caníbales debemos ayudar a estos cristianos"*. Planteado el tema, los grandes capítulos dedicados al trabajo común no hacen sino desarrollarlo en vivo. Recordemos, entonces, que es un mundo asentado en la solidaridad democrática el que rodea, y acompaña, el capitán Ajab en su loca persecución de Moby Dick. Que es un microcosmos integrado





¿Es el capitán Ajab el exacto y negativo reverso de Melville?

por todas las razas el que se deja llevar de la mano hasta la destrucción frente a la ballena blanca.

El "Pequod" parte de Nantucket, Nueva Inglaterra, en un largo viaje que habrá de llevarlo, a través del Atlántico Sur, del Cabo de Buena Esperanza, del Océano Indico y de los Estrechos, hasta los terrenos del Pacífico en los que Moby Dick suele acampar. El comandante del barco, Ajab, no tarda en informar a la tripulación que el verdadero propósito del viaje no es cazar la mayor cantidad de ballenas, sino dar muerte a Moby Dick. El fuego demagógico de Ajab comunica un sentido de cruzada a los tripulantes. El ofrecimiento de un doblón ecuatoriano de oro, clavado al palo mayor, para quien primero divise a la ballena blanca, estimula el apetito de la marinería.

¿Ha pervertido Ajab la misión del 'Pequod'? Así lo pensarían los dueños del barco, los capitanes Peleg y Bildad, a los cuales dedica Melville sus mejores páginas satíricas. Estos cuáqueros farisaicos representan, en su mezquindad, el mundo del individualismo superficial que la nave ballenera y su variada tripulación dejan atrás. Melville nos entera de que para Peleg y Bildad una cosa es la religión de un hombre y otra, muy distinta, el mundo práctico. No se entienda por esto que practican a un tiempo la religiosidad interna y la mundanidad exterior: Peleg y Bildad no son católicos mediterráneos, sino puritanos nórdicos, lo cual equivale a decir que aquella ecuación se invierte: su religiosidad es externa, su mundanidad interna. Peleg, por ejemplo, ha recorrido el mundo con su careta de cuáquero norteamericano, inmune a toda influencia extraña: "*...en su vida, el océano y la vista de muchas isleñas adorables y desnudas, más allá del Cabo de Hornos, no sólo no habían conmovido un ápice al cuáquero que llevaba dentro, sino que tampoco habían alterado un pliegue de su vestimenta*". Estos bussinesmen del siglo XIX, turistas que han mirado el mundo sin ver nada, se sienten autorizados para dictarle al pagano Queequeg, el hombre sospechoso que no participa del mundo aséptico de los Estados Unidos, sermones incomprensibles para la conciencia del polinesio: "*¡Hijo de las tinieblas!*, —exclama Peleg— *tengo que cumplir mi deber con respecto de tí; yo soy copropietario de este barco y me siento obligado a velar por las almas de sus tripulantes. Si aún te apegas a tus métodos paganos, cosa que me temo, te imploro que no seas ya el amigo de Belial..,Apártate de la cólera venidera... ¡Por Dios, navega lejos del pozo atroz!*". Queequeg, a todo trance, ha de ser salvado, incorporado al mundo de los "buenos" norteamericanos, aún a su pesar. El estilo admonitorio y la disposición anímica del copropietario del "Pequod" nos son bien conocidas. Más adelante, Melville se mofa del ciego utilitarismo de Peleg y Bildad: "*No desfonden los botes inútilmente, arponeros. Sean prudentes en la caza, marineros. Las tablas de cedro han aumentado un buen treinta por ciento este año. No se olviden de rezar tampoco... No pesquen demasiadas ballenas en día domingo, hombres, pero no vayan a despreciar una buena utilidad, porque eso sería despreciar los dones del cielo... Si tocan las islas, señor Flask, tengan cuidado de no fornicar...*" Esta admirable tirada satírica, ¿qué hace sino poner de relieve la insuficiencia de una actitud en la que el afán de justificarse, de sentirse inocente, confunde lo infinito dentro de lo finito, la gracia de Dios con el precio comercial del cedro? Pero el propio Melville no es ajeno a la falta de comprensión que censura. En verdad, las batallas de Ayacucho y Maipú jamás tuvieron lugar, pues, según nos informa el autor, sólo gracias a la acción bondadosa de los balleneros norteamericanos se estableció la "democracia eterna" en Perú, Bolivia y Chile. La exageración no engendra acertados vaticinios.

Pero también Starbuck, el primero de a bordo, desconfía de los propósitos de Ajab. "*Yo vine a cazar ballenas* —dice—, *no la venganza de mi capitán. ¿Cuántos barriles le dará su venganza, si la obtiene, Capitán Ajab? No le conseguirá mucho en el mercado de Nantucket*". Pero el pragmatismo de Starbuck carece de la fuerza moral necesaria para apagar la flama de Ajab. La virtud de Starbuck, desprovista de contenido orgánico, es tan irresponsable como la mediocridad de Flask o la alegría indiferente de Stubb. Starbuck, pese a sus convicciones

de hombre bueno, pese a su arraigado sentido común, se deja arrastrar por Ajab a la venganza y a la muerte. Con el mosquete en las manos, una noche, Starbuck apunta hacia la cabeza dormida de Ajab. Ante el César norteamericano, Starbuck es un bruto incapaz de resolución. "*¿Pero no hay otro medio? ¿Un medio legítimo?*", se pregunta. Un recuerdo lo impulsa al asesinato: la mujer, los hijos, el hogar. El recuerdo nutre el deseo: regresar a ellos. Pero el ordenamiento moral puede más: Starbuck desiste. Ajab prosigue, indiferente a la moral, al recuerdo o al deseo, la carrera desenfrenada hacia el desastre. No serán la bondad o el egoísmo mediocres, ni la opinión sensata, los que puedan evitar la tragedia.

El viaje del "Pequod" comienza a cargarse de premoniciones. Desde el muelle, un anciano, Elías, ha intuído el sombrío destino del barco. El doblón ecuatoriano refleja, para Starbuck "*la escritura de Baltasar*". El fanático Gabriel predice, desde el "Jerobon", el desastre. Queequeg manda construir su propio ataúd. El vapor ardiente de la fragua en la que se prepara el arpón destinado a Moby Dick, se dispara hasta el rostro de Ajab como el chorro de una ballena: *¿Quiéres quemarme, Perth* —pregunta el capitán—. *¿Acaso he forjado el hierro destinado a marcarme?*" La alusión bíblica es muy clara. Ajab ha metido de contrabando en el barco a un equipo de salvajes parsis, capitaneados por Fedala; los reserva para dar caza a la ballena blanca. Fedala agolpa todas las premoniciones ante los ojos del anciano Ajab, cuando dice: "*Un ataúd flotando en el océano, con las olas como acompañantes mortuorios*". Predestinado, Ajab destruye el cuadrante. La llama blanca del fuego de San Telmo, al incendiar las puntas de los mástiles, es ya un anuncio para todos. Y el sentimiento de tragedia inminente se condensa, al cabo, en la locura del juglar: Pip, el muchacho negro, "*el imbécil hijo del sol, llevado de la mano por Ajab, el maniático del Norte*". El símbolo expresado por D. H. Lawrence es exacto. Pip, el inocente, el loco, es el compañero fatal de Ajab, el orgulloso, el Prometeo blanco. A semejanza del bufón del Rey Lear, por su boca escuchamos la profecía y la verdad. "*¡Oh, Pip!* —exclama el autor. *¡Tu risa detestable, tu mirada ociosa pero infatigable, todas tus mojigangas extrañas se mezclaban, en forma que no carecía de significación, con la tragedia sombría del barco melancólico, y burlábanse de él*".

Surge entonces, querida por Ajab, inventada por Ajab, la enorme Ballena Blanca que a nadie busca, que flota eterna, ubicua en el espacio, ubicua —inmortal— en el tiempo. Su flanco, un bosque de lanzas; su cuerpo rayado, manchado, con la tonalidad de la mortaja; su mandíbula deforme; su frente blanca y arrugada; su joroba piramidal y blanca: blanca, abstracta, ambivalente, inocente y corrupta, inmenso cuerpo del color que contiene todos los colores, el color sin color. " *existencia antemosaica, inimaginable de la ballena que, por haber existido antes que el propio tiempo, existirá necesariamente cuando el tiempo haya expirado*".

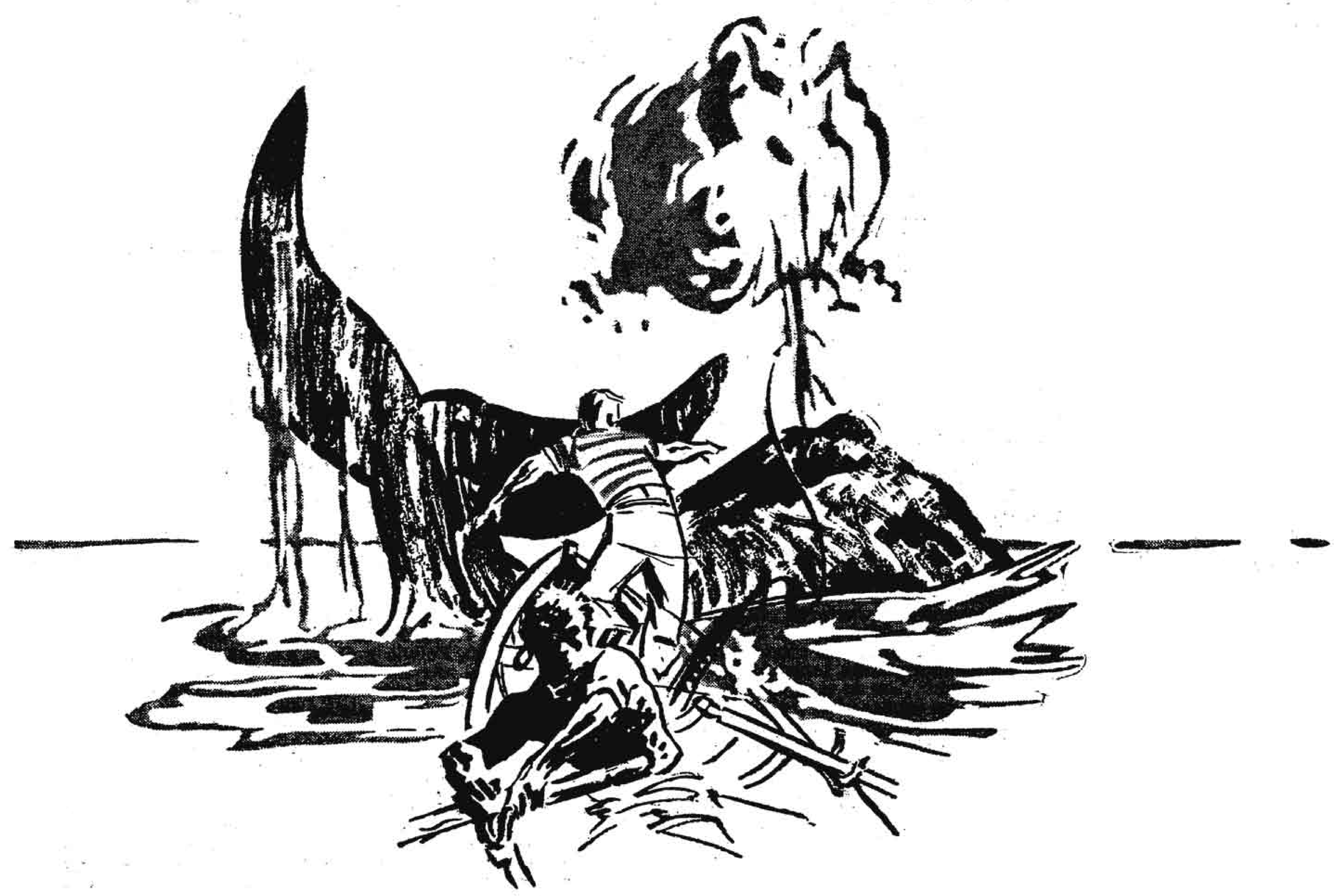
Pero todo —el vasto escenario, el microcosmos del "Pequod", el clima de premoniciones, la minuciosa información— circula por las páginas de Moby Dick como un acercamiento, de creciente densidad, al personaje galvanizador, el Capitán Ajab. "*Intrépido y maldito, triste héroe y seguro condenado*", Ajab unifica y da sentido a la obra. Desde su primera aparición, se revela el ser extraordinario, casi heroico: "*Un hombre grande, ajeno a Dios, semejante a Dios*". El rostro quemado de un madero que el fuego no ha logrado consumir. La marca delgada y lívida que cruza la cara. Los cabellos grises. La pierna de marfil. Heroico: *Su cuerpo alto y ancho parecía hecho de sólido bronce y fundido en un medio inalterable, como el Perseo de Cellini*". Y sobrehumano: "*...lo que en ti sea grande deberá ser arrancado a los firmamentos, y buceado en las honduras, y figurado en el aire incorpóreo!*". No cabe duda: estamos ante un personaje que, más allá de las ataduras de la caracterización, resume un estilo humano, una situación radical del hombre.

Ajab, en primera instancia, aparece como un hombre voluntarioso, independiente, afirmativo —suficiente en sí mismo, "self-reliant", diría Emerson al proponer el ideal norteamericano— Este hombre que sólo depende de su acción va a la cabeza del barco de los hombres que necesitan unos de otros. El ir y venir de Ajab por la nave, las palabras de sus monólogos, producen un ruido extraño como si su vitalidad interna zumbase. Es un comandante práctico y eficaz, a la altura de su misión, capaz de enfrentarse a todas las vicisitudes de un viaje largo y peligroso. Pero, por encima de su tarea pragmática —"know-how", eficacia técnica— Ajab corre por los mares en busca de Moby Dick, la ballena que lo mutiló. "*Moby Dick, deslizando su mandíbula inferior en forma de hoz, cegó la pierna de Ajab como lo hace una guadaña con la brizna de pasto en el campo*". El viaje de Ajab es el viaje de la venganza y del odio —odio y venganza que, con una lucidez frenética, comunica a su tripulación: "*¡Beban, arponeros, beban y juren, ustedes que tripulan la mortífera proa del bote ballenero! ¡Muerte a Moby Dick! ¡Que Dios nos persiga si nosotros no perseguimos a Moby Dick hasta su muerte!*" — Sin más beneficio de propaganda que su presencia llameante, Ajab comunica a la tripulación "*un sentimiento místico y salvaje*": cada marinero siente que el implacable odio del capitán es suyo.

Nada puede detener el afán de venganza de Ajab; ni las premoniciones, ni el buen sentido de Starbuck, ni las temibles descripciones que del enemigo hacen los tripulantes de otras embarcaciones. La voluntad de Ajab sólo atiende sus propios dictados. El activismo individualista debe llegar a su extremo afirmativo: la muerte de la ballena blanca, del "*otro*". ¿Qué mejor prueba de *yo* que la supresión de *no-yo*?

Pero, ¿quiénes son los contendientes? ¿Quién es Ajab? ¿Encarna, como se ha querido ver, la voluntad humana contra la naturaleza ciega, el afán de domeñar lo irracional en beneficio del hombre? Esto equivaldría a identificar a Ajab con el bien y a la ballena con el mal, es decir, a hacerle el juego al maniqueísmo en el que la acción del capitán se funda. El problema no está allí. Ajab lo ve con mayor claridad: "*Piensan que estoy loco... pero yo soy demoníaco; ¡yo soy la locura enloquecida! ¡Esa locura salvaje que sólo se calma para comprenderse a sí misma!... ¡Yo corro! ¡No temo un obstáculo! ¡No temo un solo ángulo de este camino de hierro!... Tengo el privilegio de la alta percepción... pero me falta la humilde capacidad de gozar... estoy maldito en medio del paraíso*". En este monólogo, Ajab se coloca frente a sí mismo, pero su deseo de conocerse no logra superar la soberbia embriaguez que su autosuficiencia individual le produce.

¿A qué se enfrenta esa acción voluntariosa?



¿Qué es Moby Dick? No es, tampoco, el mal. Melville se encarga de subrayar la esencial ambigüedad de la ballena blanca, variada como la naturaleza misma, hermosa y terrible, fuente de riqueza y de destrucción, dotada de *"una mansa alegría"* y, también de *"un terror impronunciable"*. La ballena, como advierte Starbuck, no busca a Ajab; es él quien la busca, y sobre ella arroja los signos de un mal irredimible: *"Para el Viejo Ajab, lo que más enloquece y atormenta, toda verdad maliciosa, todo lo que agrieta las circunvoluciones y empasta el cerebro, todo el sutil demonismo de la vida y del pensamiento, todo mal, estaba encarnado en Moby Dick, y merecía la más rotunda agresión. Acumulada sobre la joroba blanca del cetáceo la suma de toda la inquina y el odio sentidos por la raza entera, desde la lejanía de Adán..."* Indicado el mal por la voz del hombre que sabe, del hombre superior, no queda sino dedicar la vida a su supresión. Nada importa que en ello vaya la muerte del profeta y de su grey; nada valdrán las advertencias de las voces sabias. Pues Ajab es gnóstico, maniqueo y puritano: es el concentrado de la vertiente individualista y anti-orgánica de la modernidad. Ajab se llama Calvino y Locke; se llamará Hítler y MacCarthy.

Como gnóstico —dotado de *"alta percepción"* — Ajab revela el conocimiento salvador: hemos venido al mundo a dar muerte a la ballena blanca. Y si la ignorancia es el mal, el mensajero del conocimiento es el bien encarnado, el mediador de la gracia. Pero el hombre que *sabe* es también el predestinado, el que se ha salvado de antemano: criatura de Dios, su elección lo hace divino en la tierra. Ajab, como maniqueo, divide el mundo en buenos y malos sin remisión y compromete todos los esfuerzos en la lucha contra el mal designado: la ballena blanca, las brujas, los judíos, los rojos... Ajab, el puritano, asume la obra de Dios en el mundo. La gracia divina no es suficiente y requiere la intervención activa del gnóstico, del elegido para suprimir el mal y el triunfo del bien. Y el bien es el propio yo que sabe discernir el bien del mal. Pero Ajab, por último, es también un romántico que propone su ideal subjetivo como valor universal.

Y sin embargo, la odiada meta de tanta energía no es sino un fantasma proyectado por la locura del conductor. Nos dice Melville: *"Ajab alentó un loco afán de venganza contra el cetáceo, tanto más que, en su frenética morbosidad, llegó a identificar en Moby Dick, no sólo sus males corporales, sino también todas sus angustias intelectuales y éticas. La ballena blanca ondulaba ante él como si fuese la encarnación monomaníaca de todas las maléficas potencias que ciertos hombres profundos sienten roer dentro de sí mismos..."* Estamos en el punto neurálgico del problema: la ballena blanca no existe. Es un fantasma que *ondula* ante la imaginación de Ajab, es una proyección de Ajab. Es el mal de Ajab encarnado a fin de justificar su acción de odio y de locura. En Ajab contra Ajab. Exactamente dice Starbuck: *"Pero que Ajab desconfíe de Ajab. Desconfía de ti mismo, anciano"*. El capitán ha desplazado hacia tificar su acción de odio y de locura. Es Ajab quiere justificar su inocencia de norteamericano puro, agente de Dios, enemigo del mal. Quiere sentirse *fuera* del mal y desembarazarse de su propio sentimiento de culpa atribuyendo el mal de Ajab a la ballena.

Porque Ajab es también —suma de las sumas norteamericanas— un calvinista que siente su raíz, su entrada al mundo, como un acto teñido de pecado. Y el hombre consciente del pecado sólo tiene dos caminos: asumir su culpa y sentir que con ella asume una condición *común* a los hombres, o negar la culpa y justificar su inocencia. La situación del pecado puede ser una manera de ligarse al mundo y a la fraternidad. Para el calvinista, es una separación singular de hombre a hombre. Es una manera de aislar a cada quien en virtud de una salvación que siempre ha de ser *singular: mi* salvación, nunca *nuestra* salvación. Melville ha situado su drama en este centro moral. En Ajab ha dado vida al predicamento, no sólo del norteamericano, sino del hombre moderno, presionado a escoger entre el camino de su afirmación individual o de su condición solidaria. Ajab ha escogido el primero.

¿Cuál es el mal de Ajab, el que ha identificado en Moby Dick? ¿Y cuál es la consecuencia inevitable de ese mal? El mal es el orgullo. Melville lo califica abiertamente: *"fatal pride"*. La



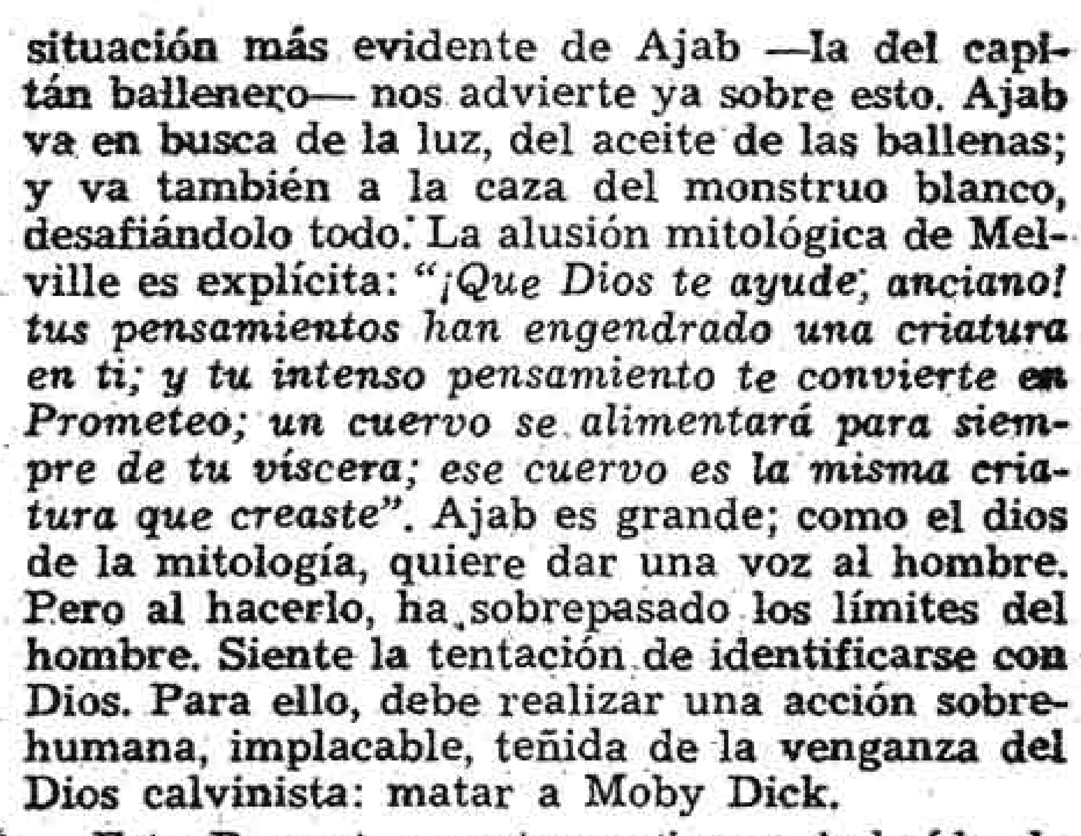
John Locke



David Hume



Calvino



situación más evidente de Ajab —la del capitán ballenero— nos advierte ya sobre esto. Ajab va en busca de la luz, del aceite de las ballenas; y va también a la caza del monstruo blanco, desafiándolo todo. La alusión mitológica de Melville es explícita: *"¡Que Dios te ayude, anciano! tus pensamientos han engendrado una criatura en ti; y tu intenso pensamiento te convierte en Prometeo; un cuervo se alimentará para siempre de tu víscera; ese cuervo es la misma criatura que creaste"*. Ajab es grande; como el dios de la mitología, quiere dar una voz al hombre. Pero al hacerlo, ha sobrepasado los límites del hombre. Siente la tentación de identificarse con Dios. Para ello, debe realizar una acción sobrehumana, implacable, teñida de la venganza del Dios calvinista: matar a Moby Dick.

Este Prometeo norteamericano, imbuído de un sentimiento mesiánico (*"Yo soy el lugarteniente del destino* —le dice a Starburck—; *no hago sino cumplir órdenes"*), ansioso de justificar su inocencia mediante un fantasma del mal que cargue con su propia culpa, este Prometeo que embarca a todas las razas en la persecución de su delirio individual, este activista gnóstico y maniqueo, ha perdido, en el orgullo, la distinción entre su yo y el mundo objetivo. Esta es, a un tiempo, la realidad profunda de su vida y la consecuencia clara de orgullo, de su transgresión. Melville se cuida, desde las primeras páginas de la novela, de destacar el mito de Narciso, quien, al no poder asir la *"imagen suave y atormentada"* que veía en la fuente, se zambulló en ella y pereció ahogado. El narcismo —o, más generalmente, la falta de educación de la personalidad al mundo objetivo— es el reflejo del orgullo de Ajab. Melville distingue dos actitudes. Ismael, en un momento de la obra, siente, desde su puesto de vigía, la atracción del vasto mar que refleja su mínima figura, multiplicada en las olas y en la oscuridad. Va a caer, presa del vértigo, cuando reconoce la diferencia entre su ser y el mundo, entre Ismael y el Océano. Ajab no la reconoce. El orgullo lo ha aislado del mundo. Su mundo se limita a la imaginación alimentada por el rencor. El mundo real ya no existe para él. Ajab ha encajonado el universo infinito dentro de lo más finito: la vida de un hombre. En el fondo del espejo, sólo distingue su propio rostro o la silueta fantasmal de una ballena que proyecta la individualidad de Ajab. Y al sentir que él es el mundo, sentirá la necesidad de dominarlo. Ante los símbolos del famoso doblón ecuatoriano clavado al palo mayor, el capitán exclama, hipnotizado por su ego: *"La firme torre: eso es Ajab; el volcán: eso es Ajab; el gallo victorioso, valiente y denodado. eso es Ajab. Todo es Ajab"*. Ante los mismos símbolos, el parsi Fedala descubre el fuego de su rito; el negro Pip la imposibilidad del conocimiento; Ismael la separación de un mundo dualista. Y Stubb piensa en la cantidad de tabaco que podría comprarse con el oro. Ajab sólo se identifica a sí mismo.

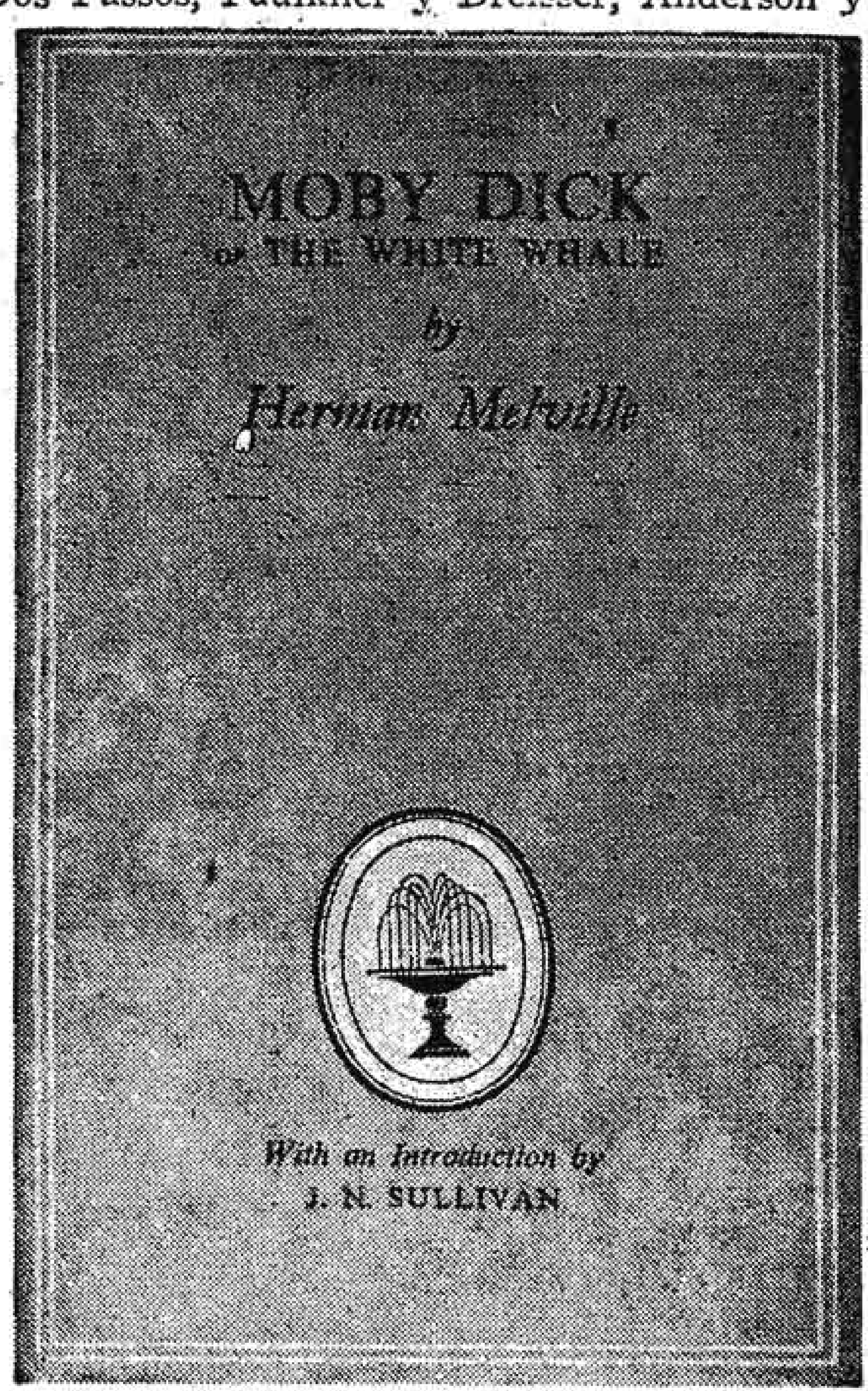
El orgullo es gemelo del solipsismo. Y la novela, en este plano, constituye una profunda crítica de las filosofías individualistas y antisociales que sirven de fundamento, en parte al mundo moderno, y radicalmente a los Estados Unidos de América: Locke, Barkeley, Hume. Si la realidad no es sino mi percepción de ella —si mi percepción define al mundo, si la sustancia mental privada es la única base de la conciencia, estoy en libertad para imponer a todos mi percepción: carezco de cualquier otra garantía de verdad. Ajab, fundado en la libertad de su yo, acaba por transgredir la libertad de los demás, porque los demás sólo tienen existencia gracias a que Ajab los percibe. Todos los hombres no son sino creaciones de la sustancia mental activa de Ajab. Ajab, en consecuencia, tiene derecho a disponer de la vida y de la muerte de los hombres.

"Y Ajab está solo entre los millones que pueblan la tierra, ¡sólo, sin la vecindad de dioses o de hombres! ¡Frío, frío... estoy temblando!" Así resume Melville el orgullo del capitán, y el castigo que encierra. Al hacerlo, le da una resonancia que entronca a Moby Dick en la más rica tradición ética-literaria. El mal de Ajab es la *hybris* griega, el orgullo excesivo que destruye la armonía entre el hombre y el mundo. *Hybris*, sinónimo de transgresión y de injusticia, era opuesto por los griegos a *dyké*, el espíritu de la justicia, y a *sofrosyne*, la actitud espiritual consistente en no perder de vista los límites del hombre. Si hybris supone herir al semejantes, supone también retar a los dioses. La voz de Darío en *Los Persas* de Esquilo bien podría servir de epígrafe a *Moby Dick*: *"Pues al florecer hybris el fruto es la ceguera, cuya cosecha es rica en lágrimas... Zeus castiga con la venganza a la soberbia excesiva y exige cuentas estrictas"*.

Pero *hybris* —explica Tucídides en *La guerra del Peloponeso*— alienta el espíritu optimis-

ta de la empresa entre las grandes masas. Calculemos, dentro del contexto de *Moby Dick*, el alcance de esta sabiduría clásica: Melville es el escritor que despeja al norteamericano de su inocencia y lo hace ingresar al mal, al orgullo y a la trasgresión. Pero que, al mismo tiempo, alimenta su optimismo activista. Lo cierto es que, si para nosotros Ajab representa un extremo negativo de la condición humana, muchos lectores de la patria de Melville, más ajabistas que Ajab, ven en el personaje una espléndida afirmación de los valores individualistas y en la ballena el símbolo de un mal tenebroso. No obstante, Melville es el primer escritor norteamericano que niega el optimismo sobre el que se fundaron los Estados Unidos. No olvidamos a Poe, cuya visión, sin embargo, resulta demasiado privada al lado de la gravedad de Melville. Fuera de estas excepciones, el escritor norteamericano es un agente del canto al optimismo individualista, fíltrese éste en la criba de Emerson, Thoreau o Whitman. Al pueblo que Jefferson designara como *"el elegido de Dios"*, al pueblo que jamás había experimentado el fracaso, al pueblo que se sentía el accionista del futuro, opone Melville la visión de los excesos a que ese conjunto de certezas puede conducir: al poder sin responsabilidad; al orgullo cegador; a la sustitución de los fines verdaderos del hombre por fines falsos, meros fetiches singulares; al sacrificio del bien colectivo en aras de la libertad abstracta del individuo; a la división simplista de la vida histórica en una lucha maniquea entre los buenos —los Estados Unidos— y los malos —los que se oponen a los Estados Unidos—; al destino manifiesto; a la "soledad en la muchedumbre", al atomismo inorgánico; a la confusión entre la opinión particular y la verdad general; a la incomprensión radical de la verdad ajena, toda vez que ésta no encaja dentro de la visión particular de las cosas que posee un norteamericano: en consecuencia, la verdad de los demás es sospechosa y debe ser destruída. Sí: en nuestros días, el capitán Ajab sigue viviendo.

Pero a mediados del siglo XIX, el libro de Melville no concordaba con la cosmovisión norteamericana. A su fracaso estruendoso siguió la vida oscura del autor, el olvido, la muerte más solitaria. Solamente en nuestro siglo, cuando Dos Passos, Faulkner y Dreisser, Anderson y



Facsímil de la portada de "Moby Dick".

Lewis, Beard y Veblen y Mills, han dado mala conciencia al norteamericano, pudo resurgir de sus cenizas *Moby Dick*, libro fénix del país que se despide, para siempre, de la inocencia.

La percepción melvineana de los extremos peligros del individualismo maniqueo, gnóstico y prometeico, sólo es superada, en la literatura del siglo XIX, por Dostoievsky. No en balde es siempre la trasgresión suprema, el crimen, el tema recurrente y profundo en la obra del ruso. Y no en balde es hybris el caldo en el que germina el crimen; Raskolnikov, Stávroguin, Verjóvensky, Iván Karamázov. Pero si en Dostoievsky el transgresor puede, al fin, asumir su culpa y redimirse en el castigo —si puede, además, encontrar una persona o todo un pueblo, Sonia o los rusos, que compartan la purgación con él— en Melville nadie la asume, y todos los tripulantes del "Pequod" van a estrellarse contra el lomo y la mandíbula de la ballena y a hundirse bajo la gran mortaja del mar. *"Todos somos responsables de todo ante todos"*. El gran centro vital dostoievskiano no rige en el mundo de *Moby Dick*. Sin embargo, sólo esto decía, en su media lengua, Queequeg. Sólo esto el Padre Maple cuando, en el magnífico sermón inicial, indica la dificultad de cumplir los mandatos de Dios: para obedecerlo, debemos desobedecernos a nosotros mismos. Melville, como los grandes espíritus del siglo pasado, rasga el velo opaco del positivismo y de la buena conciencia burguesa para abrir paso, nuevamente, a los problemas radicales del hombre. Es, como Marx, Dostoievsky y Nietzsche, nuestro contemporáneo.

¿Quién se salva del desastre? Ismael, el hombre consciente, tanto de su dignidad personal, como de su finitud. Ismael, contrapunto del orgullo demoníaco de Ajab. Ismael, voz de la solidaridad. Se salva asido al ataúd flotante de Queequeg. Lo recoge el "Raquel", el barco que, en la búsqueda afanosa de sus hijos náufragos, *"sólo encontró un huérfano más"*. A la *"oscura necesidad"* que rige a Ajab, Ismael opone azar, libre albedrío, necesidad: triple drama de la libertad humana que, lejos de contradecirse, se entrecruza. Al individualismo autosuficiente del capitán, Ismael, en su amistad con Queequeg el salvaje, en su trabajo cotidiano, opone la solidaridad como bien supremo: la capacidad de compartir con otros las vicisitudes de la precaria condición del hombre. La inteligencia de Ajab es demasiado aguda para que deje de observar este techo. Cuando una ballena *anónima* destroza su pierna de marfil, el soberbio capitán debe acudir al carpintero del barco, exclamando: *"¡Oh, vida! Aquí me tienes, altivo como un Dios Griego, y sin embargo en deuda con este necio por un hueso para poder tenerme en pie. ¡Maldita interdependencia entre mortales!"* Pero el orgullo impide que la inteligencia obre de manera congruente: la hybris de Ajab supone el desprecio del hombre: para el capitán, *"la condición constitutiva del hombre es la sordidez"*. Ajab es el asesino del gran sueño norteamericano de fraternidad.

El orgullo de Ajab, al fin, cobra un carácter claramente demoníaco. Al fraguarse el arpón destinado a Moby Dick, los tres arponeros paganos, a instancias de Ajab, se abren la carne para bautizar el hierro con su sangre. Estas son las palabras sacramentales del capitán: *Ego non baptizo te in nomine patris, sed in nomine diaboli.*

Estamos ante la disyuntiva de Melville. Escoge —nos dice el autor de *Moby Dick*— escoge entre tu persona y tus hermanos. El primer camino te conducirá, detrás de una aparente plenitud egoísta, a la irrealidad y a la dispersión del mundo y de ti mismo. El segundo, a salvar en verdad tu precaria situación, a reconocer al mundo y a los hombres, a contar con ellos y a permitir que ellos cuenten contigo. Esta es la doble vertiente de la vida. Escoge. Este es el Ecuador que divide al doblón de oro.

Esta es la historia de la lucha del capitán Ajab contra Moby Dick, la ballena blanca.

ENTREVISTA A PABLO NERUDA

A CUBA HAY QUE DEFENDERLA

POR FORNARINA FORNARIS

Apenas unos minutos antes de partir para Europa en donde debe participar como miembro del Comité Internacional que discierne los premios "Lenín" por la paz, Pablo Neruda nos recibe en casa de un poeta amigo que lo hospeda durante su breve estancia en Montevideo.

Estos días que ha estado en la capital uruguaya, en su constante actividad de poeta y combatiente por la felicidad de los humildes, por la causa de la justicia social, permitió a la juventud y al pueblo de este hermano país escuchar de cerca la voz del gran chileno universal, dejando tras sí la resonancia de la emoción que no se apaga ante la fuerza inagotable de su poder creador y la llamarada de su verso.

Sabe Neruda que una periodista cubana desea verlo y responde: "Para mí, Cuba está toda dentro de mi corazón", y extiende una mano franca, mano fuerte de artista y de trabajador, cálida como la voz profunda y lenta que viene de su garganta como la voz de todos los siglos de nuestra América.

—¿Irá a Cuba?

—Ahora no, pero lo haré a mi regreso. Ahora vengo de Chile y voy para Europa en una jira por Francia, Italia, Alemania, Polonia y otros países, luego permaneceré en Venecia para participar en el encuentro que se celebrará allí este año entre los miembros de la Sociedad Europea de Cultura, que agrupa a artistas e intelectuales de todas las tendencias políticas, para debatir los problemas contemporáneos. Allí yo voy a plantear el problema de Cuba, porque a Cuba hay que defenderla. El movimiento liberador de la Revolución Cubana, gestado por las grandes masas del pueblo cubano, tomó en sus manos la tarea de resolver los problemas del hambre, la miseria y el desempleo de los cubanos: está llevando a cabo la Reforma Agraria, transformando los cuarteles en escuelas, implantando la verdadera democracia. Esto atemoriza a los reaccionarios y a los enemigos del progreso de los pueblos, y naturalmente al imperialismo que se ha cebado durante siglos en el retraso industrial de los pueblos. Esto ha desatado la feroz campaña de calumnias contra la Revolución Cubana auspiciada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos. Esta campaña calumniosa no podrá quebrantar el sentido de la nueva política popular de Cuba. Ella busca, sin embargo, una brecha por donde sembrar el temor en algunos sectores de la burguesía del Continente. Pretenden hacer creer que los pueblos nuestros no pueden conducir sus destinos por sí mismos. Por eso decimos que el destino de América Latina se está debatiendo en Cuba. La "Operación Cuba" montada por los Estados Unidos aplicando toda la técnica sicológica de la propaganda tiene por objeto aplazar indefinidamente el proceso de liberación de nuestros pueblos. Es por eso que —continúa Neruda expresando con entusiasmo— hoy más que nunca se precisa la solidaridad de todos los pueblos latinoamericanos con la Revolución Cubana, para formar una barrera infranqueable que sea el "No pasarán" de los pueblos nuestros.

Hay tal tono emocionado en las palabras de Neruda que comprendemos perfectamente el sentido de su frase: "Para mí, Cuba está toda dentro de mi corazón". Cuando habla de nuestra patria sus gestos lentos se vuelven más preñados de sentido, como si quisiera abarcar dentro de ellos la tierra nuestra toda ella.

—Estamos ante una conspiración organizada por el Departamento de Estado contra Cuba, —y su voz es más profunda cuando agrega— Esto es sumamente grave. Recordemos que en el caso de Guatemala el imperialismo obró con brutalidad tremenda. Ahora pretenden revivir la hazaña utilizando como instrumento a los gobiernos corrompidos de algunos países latinoamericanos, preparando a la opinión pública con una desenfrenada campaña de prensa. Su objetivo es aislar a Cuba, para tornarla indefensa. Por ello es necesario hacer un llamado a todas las fuerzas de todos los pueblos y en particular yo me dirijo a los escritores de América para que den todo su apoyo a la Revolución Cubana, para impedir el tremendo crimen que se prepara en las sombras para destruir la más hermosa realización de nuestra América.

—Ese movimiento en defensa de Cuba cuenta con el apoyo de los pueblos latinoamericanos, pero es necesario fortalecerlo en la lucha constante. El ejemplo de la solidaridad del pueblo venezolano con Cuba es algo admirable y aquí en el Uruguay, lo mismo que en Chile, Argentina, Brasil o en Perú, los estudiantes, los trabajadores, el pueblo todo, sabe que Cuba no puede ser aplastada porque con ella morirían todas las esperanzas de América Latina.

Neruda fue invitado a dar un recital en la Facultad de Arquitectura de la Universidad montevideana. Ante una sala atestada de estudiantes y pueblo que aplaudía delirantemente la presencia del poeta, Pablo Neruda se dirigió a los presentes en una conferencia que se anunció como "El Caribe Actual". La primera parte estuvo dedicada a Cuba. En ella se refirió el poeta a las realizaciones de la Revolución Cubana y a las amenazas que sobre ella se ciernen, señalando la importancia que para América Latina reviste la defensa de nuestra Revolución.

Terminó el recital con la lectura de dos fragmentos de su libro inédito sobre el Caribe: "Cuba" y "Fidel".

A propósito del libro preguntamos a Pablo Neruda. Esta fue su respuesta:

—Este libro hace dos años que lo estoy preparando. Primero quiso ser un poema a Puerto Rico y pensé titularlo "Puerto Pobre", pero ya no puede publicarse con este nombre porque a lo largo de su elaboración se han ido agregando otros temas: Nicaragua, Santo Domingo, Cuba... Tengo pensado publicarlo en Cuba en una edición popular, el producto de cuya venta se dedicará a la Reforma Agraria... ¡Qué hermoso sería dar un acto de grandes masas en el que yo entregara el libro a los cubanos en una de esas concentraciones de multitudes que se dan en Cuba en apoyo a la Revolución!

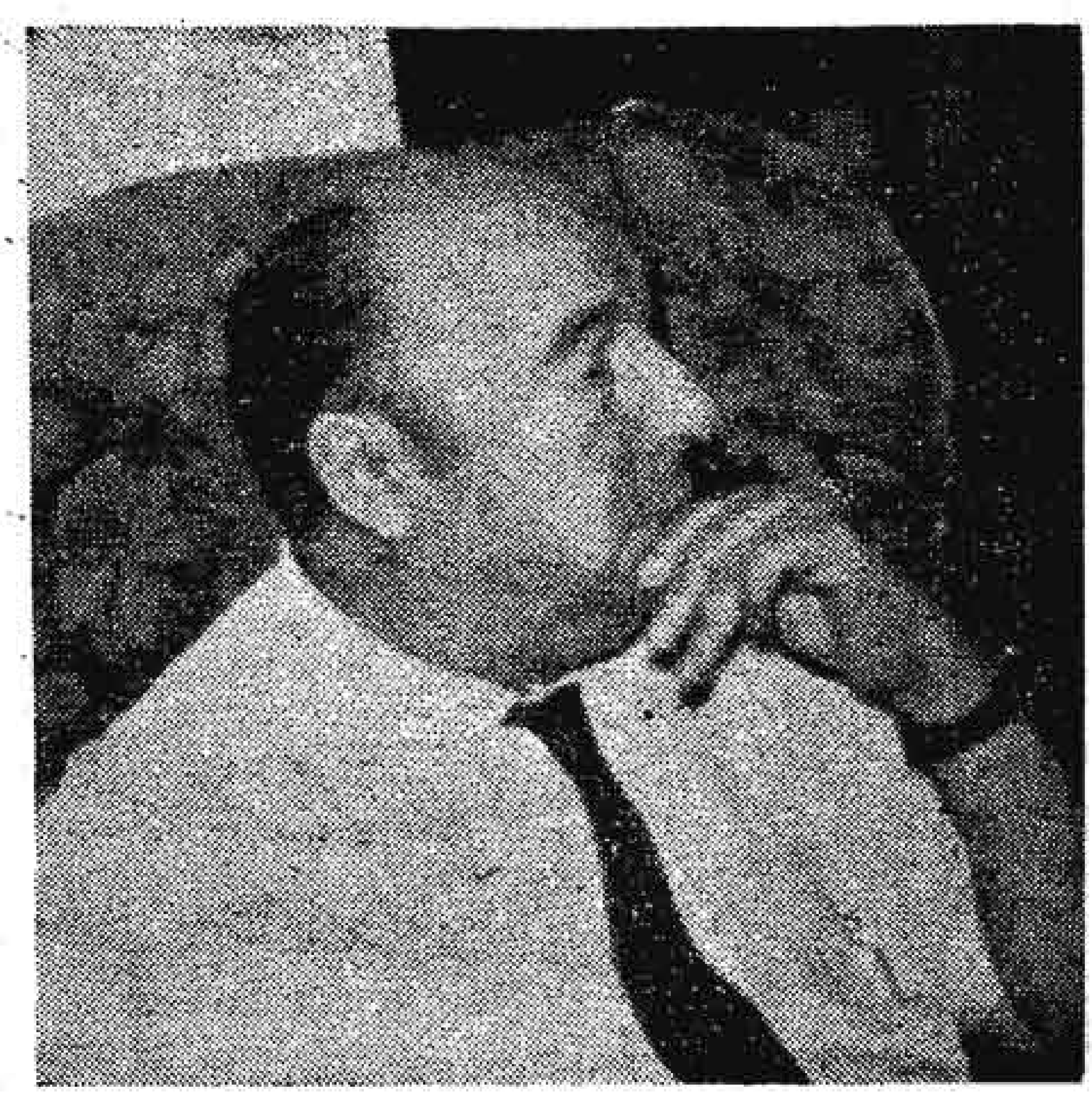
—Eso es sumamente posible, —sugiero

—Es un proyecto que acaricio y que trataré de llevar a cabo a mi regreso de este viaje.

—Entonces su visita a Cuba puede anunciarse.

—Sí, ahora sí podré ir, pues con anterioridad fui invitado por la Casa de las Américas, pero debido a múltiples compromisos inaplazables no me fue posible viajar a Cuba, pero una vez terminado mi recorrido por Europa iré a Cuba.

Matilde Urrutia, la gentil esposa del poeta, ha hecho su aparición en la sala. Suavemente recuerda que el avión sale dentro de media hora. Un último ruego, —les digo—; permítanme tomarles una foto. —Y tras el disparo del flash, estrecho nuevamente la mano amiga del poeta amigo de Cuba y de todas las causas justas.



Pablo y Pablo con su mujer



París el 18 de Abril 1960

Al diario "Revolución" les mando mi nuevo libro, a ellos dedicado y el sentimiento de mi estar personalmente al pie de la bandera de Cuba que eleva el honor de nuestra América.

Pablo Neruda

DOS POEMAS, DOS MANUSCRITOS DE NERUDA

Uno de los poemas vino de Montevideo, el otro de París. Los manuscritos vinieron, como uno de los poemas, de París. Uno de los manuscritos está dirigido a REVOLUCION. En la letra generosa, amplia de Neruda resuena el amor por la tierra cubana, pero más se escucha su pasión por la gesta revolucionaria. Es ese el mismo sentimiento que inunda los poemas.

CUBA

(FRAGMENTO)

Si el hondo mar callaba los dolores
las esperanzas levantó la tierra
éstas desembarcaron en la costa
eran brazos y puños de pelea.
Fidel Castro con quince de los suyos
y con la libertad bajó a la arena.
La isla estaba oscura como el luto
pero izaron la luz como bandera.
No tenían más armas que la aurora
y ésta dormía aún bajo la tierra
entonces comenzaron en silencio
la Lucha y el camino, hacia su estrella

Fatigados y ardientes caminaban
por honor y deber hacia la guerra,
no tenían más armas que su sangre
iban desnudos como si nacieran
y así nació la libertad de Cuba,
de aquel puñado de hombres en la arena.
Luego la dignidad de los desnudos
los vistió con la ropa de la sierra,
los nutrió con el pan desconocido
los armó con la pólvora secreta,
con ellos despertaron los dormidos,
dejaron su sepulcro las ofensas,
las madres despidieron a sus hijos
el campesino relató su pena,
y el ejército puro de los pobres
creció y creció como la luna llena.
No le quitó soldados el combate
creció el cañaveral en la tormenta
el enemigo le dejó sus armas
abandonadas en las carreteras
los verdugos temblaban y caían
desmantelados por la primavera
con un disparo que condecoraba
con la muerte por fin sus camisetas
mientras que el movimiento de los libres
movía como el viento las praderas
sacudía los surcos de la isla
surgía sobre el mar como un planeta.

FIDEL

Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen
palabras en acción y hechos que cantan,
por eso desde lejos te he traído
una copa del vino de mi patria:
Es la sangre de un pueblo subterráneo
que llega de la sombra a tu garganta,
son mineros que viven hace siglos
sacando fuego de la tierra helada,
van debajo del mar por los carbones
y cuando vuelven son como fantasmas
se acostumbraron a la noche eterna
les robaron la luz de la jornada
y sin embargo aquí tienes la copa
de tantos sufrimientos y distancias
la alegría del hombre encarcelado
poblado por tinieblas y esperanzas
que dentro de la mina sabe cuándo
llegó la primavera y su fragancia
porque sabe que el hombre está luchando
hasta alcanzar la claridad más ancha.
En Cuba ven los mineros australes
los hijos solitarios de la pampa
los pastores del frío en Patagonia
los padres del estaño y de la plata
los que casándose con la cordillera
sacan el cobre de Chuquicamata
los hombres de autobuses escondidos
en poblaciones puras de nostalgia
las mujeres de campos y talleres
los niños que lloraron sus infancias.
Esta es la copa, tómala, Fidel
está llena de tantas esperanzas
que al beberla sabrás que tu victoria
es como el viejo vino de mi patria
no lo hace un hombre sino muchos hombres
y no una uva sino muchas plantas
no es una gota sino muchos ríos
no un capitán sino muchas batallas
y están contigo porque representas
todo el honor de nuestra lucha larga
y si cayera Cuba caeríamos
y vendríamos para levantarla
y si florece con todas sus flores
florecerá con nuestra propia savia
y si se atreven a tocar la frente
de Cuba por tus manos libertada
encontrarán los puños de los pueblos
sacaremos las armas enterradas
la sangre y el orgullo acudirán
a defender a Cuba bienamada

EL NOBEL PARA NERUDA

No basta decir que Neruda es el más importante poeta vivo de lengua española. Hay que decir por qué Neruda es un poeta tan importante. Y este es un problema que presenta grandes dificultades críticas e históricas. Podemos decir que Neruda es el poeta que mejor ha comprendido el sentido del lenguaje poético español, siendo un verdadero revolucionario de la poesía y de la política. El más importante poeta político de la lengua, el gran poeta político social de la lengua española.

La poesía de Neruda trabaja dialécticamente en todos los planos de la realidad, con gran precisión y maestría. Su voz siempre viva y nueva es capaz de renovar y hacer viviente lo que para otros poetas queda como pura materia inerte. Ese materialismo poético, que tiene el valor de la materialidad del lenguaje, es un impacto violentísimo para el oído y para la conciencia. La unidad de Neruda con el destino de nuestros pueblos surge de esa interacción entre su poesía y su materia humana.

Nos honra publicar por primera vez un nuevo texto de Neruda, como ya lo hemos hecho con otros autores célebres. Pero nos interesa y nos honra aún más, que en nuestras páginas aparezca la obra del más importante poeta de la lengua. Al mismo tiempo nos permitimos, a pesar de que sabemos de que otros nombres ilustres han sido propuestos, ofrecer el nombre de Neruda como candidato al premio Nobel, porque ningún otro poeta o escritor de lengua castellana, a nuestro entender, se acerca a la importancia de Neruda para merecer ese premio en este momento de Latinoamérica.

En este momento termino de leer por primera vez en público mi libro <u>Canción de Gesta</u> que es un simple homenaje a la Revolución de Cuba y a la lucha de los pueblos del Caribe. Con la emoción de la lectura envío un saludo grande y mi solidaridad inquebrantable al pueblo cubano y a Fidel Castro, grande de nuestra América.

Pablo Neruda
1960 Abril París

REVOLUCION Y LUNES DE REVOLUCION INVITAN A NERUDA A CUBA

Invitamos aquí a Pablo Neruda a que venga a Cuba, a ver la Revolución Cubana de cerca y a festejar su último libro, que habla desde lejos de esa Revolución que es la Nuestra: de él y de nosotros.



PABLO NERUDA HABLA OTRA VEZ A LOS NORTEAMERICANOS

POR ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

Le preguntaron a Gide cuál había sido el mayor poeta francés del siglo XIX y el malicioso respondió: "Víctor Hugo, hélas" Si hoy se pregunta cuál es el primer poeta vivo de nuestro idioma, todos, amigos y enemigos, admiradores y detractores, buenos y malos, paraguayos y catalanes, responden a coro: "Neruda, ay".

Ese primer poeta del idioma, de paso por París, ha querido leer su más reciente libro poético, **Canción de gesta**, a un puñado de hombres del Caribe. El domingo 17 de abril nos reunimos para oir su voz como cansada y lejana que el disco nos había anticipado. Lo esperan desde el señor Embajador Mariano Picón Salas hasta el pintor adolescente, entre los cuales, después de la salutación del anfitrión, se hace oir el gran chileno.

Primeramente medité este libro en torno a Puerto Rico, a su martirizada condición de colonia, a la lucha actual de sus patriotas insurgentes. El libro creció después con los acontecimientos magnánimos de Cuba y se desarrolló en el ámbito del Caribe.
Lo dedico pues a los libertadores de Cuba: Fidel Castro, sus compañeros, y al pueblo cubano.

El libro, fiero, descuidado, hecho a golpes, como se han escrito todos los cantares de gesta, con la joya y el dicharacho, empieza a hablar del Caribe y sus penas: de Puerto Rico, llamado Puerto Pobre, del "gordo gusano" que "se comió la bandera de la isla / izando la bandera de sus amos"; de Nicaragua, "corazón del cisne", y de repente, como "un magnífico relámpago, Cuba: "Y así surgió Fidel cortando sombras / para que amanecieran los jazmines".

Unas veces es la voz de Neruda, otras las de su mujer Matilde Urrutia —que el lector de Neruda vio aparecer en el **Estravagario**, y hay quien dice que en los **Versos del Capitán** — la que va abriendo el libro a la curiosidad y la atención del auditorio. Un comandante presente, de paso por París él también, que ha tenido "la gran alegría de oir al poeta de su juventud", escucha maravillado la gesta narrada, como debieron escuchar los guerreros medioevales al juglar andariego; como Ulises escuchó a Demodoco contar su propia historia. Ahora es el momento de la lucha con unos pocos hombres que "no tenían más armas que la aurora", luego la batalla creciente, el ejército rebelde: "y el ejército puro de los pobres / creció y creció como la luna llena", hasta que, en un salto, nos vemos arrastrados a "la historia amarga y mágica de Cuba" y en su centro, como dijera Neruda en el **Canto General** —del cual esta **Canción** es un vástago—, "Martí como una almendra pura"; ahora se nos dice: "Aquel hombre vio lejos y vio cerca".

Se mezclan los traidores con las montañas, la esperanza con el deshonor; pero nada nos atrae más que el brindis que hace el chileno "A Fidel Castro".

Fidel, Fidel, los pueblos te agradecen...

Había dicho Martí: "la expresión es la hembra del acto". Y Neruda ha sabido ver, en la gesta cubana que cumple el sueño martiano, "palabras en acción y hechos que cantan", restañando así esa dualidad que sintió el cubano. Pero no queda la voz en la exaltación, porque el poeta vuelve a Puerto Pobre, gracias al cual, para celebrar el júbilo cubno, "faltaba una bandera hermana"; vuelve a los emboscados que ensucian de infamias el aire; a Venezuela, a la que no comprendía "hasta que Picón Salas de Caracas / llegó a explicarme lo que sucedía". Y defiende su caminadora poesía:

Piden algunos que este asunto humano
con nombres y apellidos y lamentos
no lo trate en las hojas de mis libros
no le dé la escritura de mis versos:
dicen que aquí murió la poesía,
dicen algunos que no debo hacerlo:
la verdad es que siento no agradarles,
los saludo y les saco mi sombrero
y los dejo viajando en el Parnaso
como ratas alegres en el queso.
Yo pertenezco a otra categoría
y sólo un hombre soy de carne y hueso,
por eso si apalean a mi hermano
con lo que tengo a mano lo defiendo.

Es así que los sucesos del periódico saltan a sus versos. Por ejemplo, la explosión del **La Coubre** que estremeció al mundo:

Mi tema es este barco que llegaba
lleno de municiones y alegría.
. . . .
Fueron dos personajes diferentes
los que actuaron en esta compañía
. . . .
uno apretaba el broche del torpedo
y el otro en toda América mentía,
uno nadaba como un pulpo verde
y el otro era más suave que una tía.

Habla del Canal de Panamá, de la desaparición de Galíndez, del héroe oscuro, del negro que del dolor se levanta con un baile, del amigo norteamericano, "yanqui de las aldeas. Y las fábricas / con mujer, con deberes y con hijos", al que sólo se reprocha "por un silencio que no dice nada".

Pero por lo demás aquí celebro
vuestras proezas de hoy y de mañana.

Y todo el libro, que lleva ya una hora en vilo, va a culminar, necesariamente, en un canto a la Sierra Maestra, en un canto de admiración, en un señalamiento: "En todas partes hay Sierra Maestra".

Así, mezclando la evocación de los pájaros de color y aire con la imprecación con el insulto a los traidores; adelgazando la poesía o dejándola en su crudeza más de cosa que de palabra, el poema ha ido llenando la sala de figuras y nombres, de bestias fabulosas, de paisajes lívidos y traidores deformes como monstruos del Bosco, y de héroes que son hombres. Hay, por debajo de las modas, no se sabe qué de americano grandioso y primigenio en esa mitología horrible a la que Neruda somete a los enemigos de América, pero también en el gusto auroral de sus finales, en su mirada insaciable, en su amor de justicia. Una ovación deshace ese mundo multicolor que, por un momento, pudimos ver.

A la noche, en la cena, Neruda hablará de lo que hubiera podido decir todavía: toda la historia nuestra pide ser contada. **Pero quieren que no hablemos de eso, que bajemos la cabeza, que soportemos. Y ya no soportaremos más. Dentro de tres años no habrá dictadores en nuestra América. Pero aún así no terminarán nuestras dificultades. Hace falta que nos conozcamos, que de un país a otro se lean las historias y los autores. Que se editen multitudinariamente los clásicos americanos y también los escritores nuevos. La Habana está hoy llamada a hacerlo. Que en cada capital de país se abra una librería dedicada a nuestros libros sólo, y los autores sepan que ellas distribuirán sus obras en el Continente.** El pintor Angeles Ortiz, también presente, va intercalando evocaciones de la España de Federico, y se mezclan otra vez España y América. Un Premio Nobel para América, que podría darse en La Habana, con la visita a Cuba de Rafael Alberti; una mención de Reyes y otra de Picasso, mientras la noche se llena de recuerdos y de esperanza.

EL PUEBLO EN LA LITERATURA ARGENTINA

POR EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

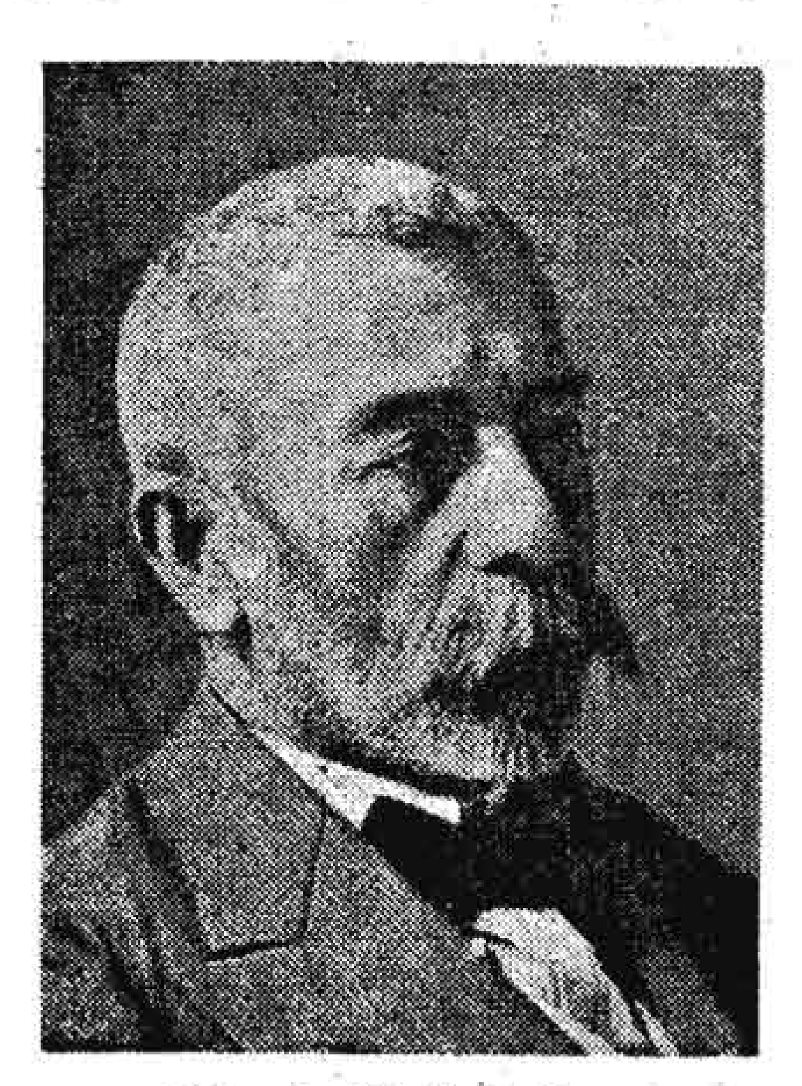
En un ambiente de ignorancia, como mantuvo la Colonia al Virreinato del Río de la Plata, no se podía intentar sino una democracia relativa en una república relativa. Era preciso prescindir del pueblo y usarlo como pretexto, como soberano, como símbolo, como razón de ser y hacer. Cuando se lo trajo a las juntas y congresos por sus representantes, demostró no estar capacitado para el ejercicio del poder. El gobierno comunal asumido transitoriamente por los Cabildos, confirmó al pueblo en la conciencia de su autoridad y de su poder; y al rechazar las invasiones inglesas en 1806 y 1807. La literatura sólo recoge de esos movimientos populares lo que interesa al historiador y al político. Literatura de epopeya, que no tiene en Argentina el antecedente de las obras propias ni siquiera de los cronistas, abundantes en otras regiones, se inicia en aquellos acontecimientos y toma en el segundo tercio del siglo XIX el cariz político que todavía conserva. El pueblo queda fijado en un estereotipo de barbarie turbulenta, tropa de caudillos y acémila de hacendados. Como expresa Francisco Bilbao: "Los civilizados dicen: "ved a esos bárbaros —el pueblo—. ¿Y queréis instituciones? No. Es necesaria la fuerza, el poder fuerte, la dictadura". ¿Cómo, se preguntaban los civilizados, queréis dar libertad a esos bandidos? Si ellos llegasen a gobernar todo se perdería, la libertad sería imposible". "Las masas, desheredadas y atropelladas como animales, buscan caudillos. En la dictadura de la venganza y la garantía de su modo de ser. Los civilizados piden la dictadura para combatir, dominar y civilizar a las masas. Es la dictadura de las clases privilegiadas".

Echeverría, el arquitecto de nuestra organización republicana y liberal, es quien más abundantemente habla del pueblo en sus obras políticas, considerándolo como masa ciudadana. Tampoco ha sentido por el sino despego y aprensión. Hasta nuestros días el concepto que de él se tiene es el mismo que representa al gaucho en los cuadros de Rugendas, Monvoisin y Pueyrredon: el gaucho montonero, de barba hirsuta, chiripá y facón. Llámeseles indios, mestizos, negros, gauchos opositores y rebeldes, proletarios del campo, las poblaciones americanas son carne de cañón y de máquina, rebaño al que llevan a votar en auto y a la cárcel a pie. Población, rebaño tan feo como lo pintan y lo vemos, es el pueblo. El pueblo como también lo ven los escritores y los políticos que lo cortejan en vísperas de elecciones. Estos falsificadores profesionales, estos falsarios que todo lo han pervertido, trastrocado y adulterado, han hecho aborrecibles a muchas almas ingenuas no solamente la imagen sino también la palabra y al pueblo mismo. Ese rostro trágico, ensangrentado, que muestra la Verónica, es el pueblo: un Eccehomo. ¿Cómo puede usted defender a ese pueblo?, me preguntan o me reprochan. ¿Ese pueblo? No hay otro; y si no es mejor, tampoco es peor que otros pueblos, el de Francia, el de España, el de Italia. Pero ellos no lo desprecian y nosotros sí; o no tanto ni tan acerbamente como nosotros.

Echeverría nos ha dejado un prototipo de poesía, por supuesto el que le inspiraron los románticos, y también el otro mestizado de cacique y musa de La Cautiva, aunque compone después poesía condenatoria: A la Sublevación del Sur, a Marco Avellaneda, y dedica el Dogma Socialista a los mártires del pueblo bajo el despotismo; y poemas en que éste aparece ya como muchedumbre arreada. Inevitablemente la literatura se diluía en la alabanza de los próceres y ahora se afila con una espada y se dirige directamente al enemigo del país. Ese es el tono de toda la poesía de Mármol y de Rivera Indarte; ésa es la marca o la cicatriz que deja en las letras para siempre la Tiranía de Rosas. Verdad que en función de él y de ella se produce la mejor literatura que tenemos, pero también es verdad que canoniza un pliegue que conservará para siempre: el político. Y así tenemos dos de las líneas largas de la literatura argentina: la patriótica que arranca de las Invasiones y de la Independencia, y de la política que arranca del Exilio. La reflexión que debo hacer como apéndice a las anteriores, es que desde ahora el pueblo es eliminado, abolido en su papel de protagonista del drama de vivir, que es el que debe registrar la literatura. Será segado y de la cosecha se sacará el grano para los que se alimentarán de él en calidad de tutores, albaceas y educadores, los políticos y, sobre todos, los instructores. Aparte las obras mencionadas, porque excluyo las sectarias de cariz político, ¿dónde estaban los pobres de los pobres, los negros y judíos de la cristiandad argentina, los que surgieron de pronto como de las entrañas de la tierra cuando Perón los evocó en sus tugurios? Algunas obras tendenciosas seguramente narraban sus penurias, pero más que para acercarnos a ellos para alejarnos de los desalmados que los mantenían en ignorancia, servidumbre y, lo que es más censurable, en soledad. Los escritores hablaban del pueblo como los políticos; de una muchedumbre amorfa que no podíamos dejar de considerar como seres humanos. Esas obras de propaganda política carecen de valor literaraio y hasta de dignidad. Como advirtió Péguy, el peligro de la mística, cuando se compromete en la acción, es que degenera en política, y entonces es difícil percibir cuándo el autor es un afiliado que defiende intereses de clase y cuándo un hombre decente que se indigna por la injusticia y la crueldad; cuándo demuestra con cifras que se roba al pobre y cuándo siente una ira caliente en el pecho porque ese robo no es una plusvalía sino el pan, la salud y el bienestar de otros. Para nosotros las letras se juzgan por los mismos tribunales de la opinión pública, de los juristas y de la policía. Desde la Reorganización los escritores nada tienen que alegar ante esos tribunales, y la retórica más frívola encubre con un manto de colores groseros la desnudez del infeliz. Así se expresa Joaquín V. González, autor del Código del Trabajo, que sin duda sintió compasión por el pobre pueblo: "¡Con qué sublime entonación resuenan en el espacio, entonces, los cantos con que el trabajador satisfecho acompaña los afanes de la faena!" "El labrador indiano aislado con su familia en la cabaña humilde, donde trabaja y recoge sus frutos, de los que una parte va a alimentar su hogar, siente desfallecer el brazo robusto, cuando la sombra fatídica del amo cruel se presenta en su umbral de tierra no cincelada, exigiéndole toda su cosecha, y dejando al hombre sentado en su hogar cuando ha dado la orden inhumana: las lágrimas riegan el suelo de su pobre vivienda, y la sonrisa paternal no bendice ya las sonrisas infantiles que comiezan a abrirse como las flores de los cardos silvestres, o las caricias de la luz, a las primeras revelaciones de la naturaleza que forman las ideas".

Transcribo estas frases del autor de Mis Montañas, extraídas de La Tradición Nacional, con cierta pena porque González es uno de los escritores más estimados y de los demócratas más desinteresados de mi país, como ejemplo de la defensa del pueblo por los intelectuales. Hay que esperar a los poetas gauchescos, que por traer una consigna encubierta y por faltarles también la fe y el amor, dejan una querella informe que ni ayuda a la redención del paisano ni cuenta en el Parnaso de la Grande Argentina. Las obras del último tercio del siglo XIX, rehuyen por lo general los temas populares y se esmeran en la factura literaria, usando al pueblo como coristas y comparsas de una ópera nacional de gran espectáculo. Estamos ya en la Era del Oropel, y el paisano que se confunde con el inmigrante es el agricultor y el operario que imagina González, en un ambiente bucólico aunque expuesto a los desmanes del dueño de la tierra al que se llama el amo. Esa nueva figura escenográfica del pueblo, que cambia su disfraz de asesino y cuatrero por el de víctima y presa del explotador, no ha impedido que se proceda contra él despiadadamente, ya sea engañándolo, sojuzgándolo y hasta asesinándolo sin que el clamor de las gentes se elevara a los cielos: Se lee la noticia en algún periódico suburbano o rural, y se la olvida. Excepto el caso de algún novelista, como Eduardo Gutiérrez, la noticia policial no adquiere categoría literaria ni el personaje, malhechor de pulpería o criatura ultrajada por el estanciero, inviste representación de sus congéneres. La falta de un carácter gentilicio, sin que tampoco lo tenga propio, hace de ese individuo segregado de la masa un ente efímero y a lo más, residente de una región geográfica, tanto en Payró como en Larreta, en Fray Mocho como en Gálvez y Hugo Wast. No se puede decir que en la literatura narrativa, de la que he nombrado especímenes representativos si no meritorios, el pueblo presentado en individuos aislados tenga fisonomía ni carácter nacionales.

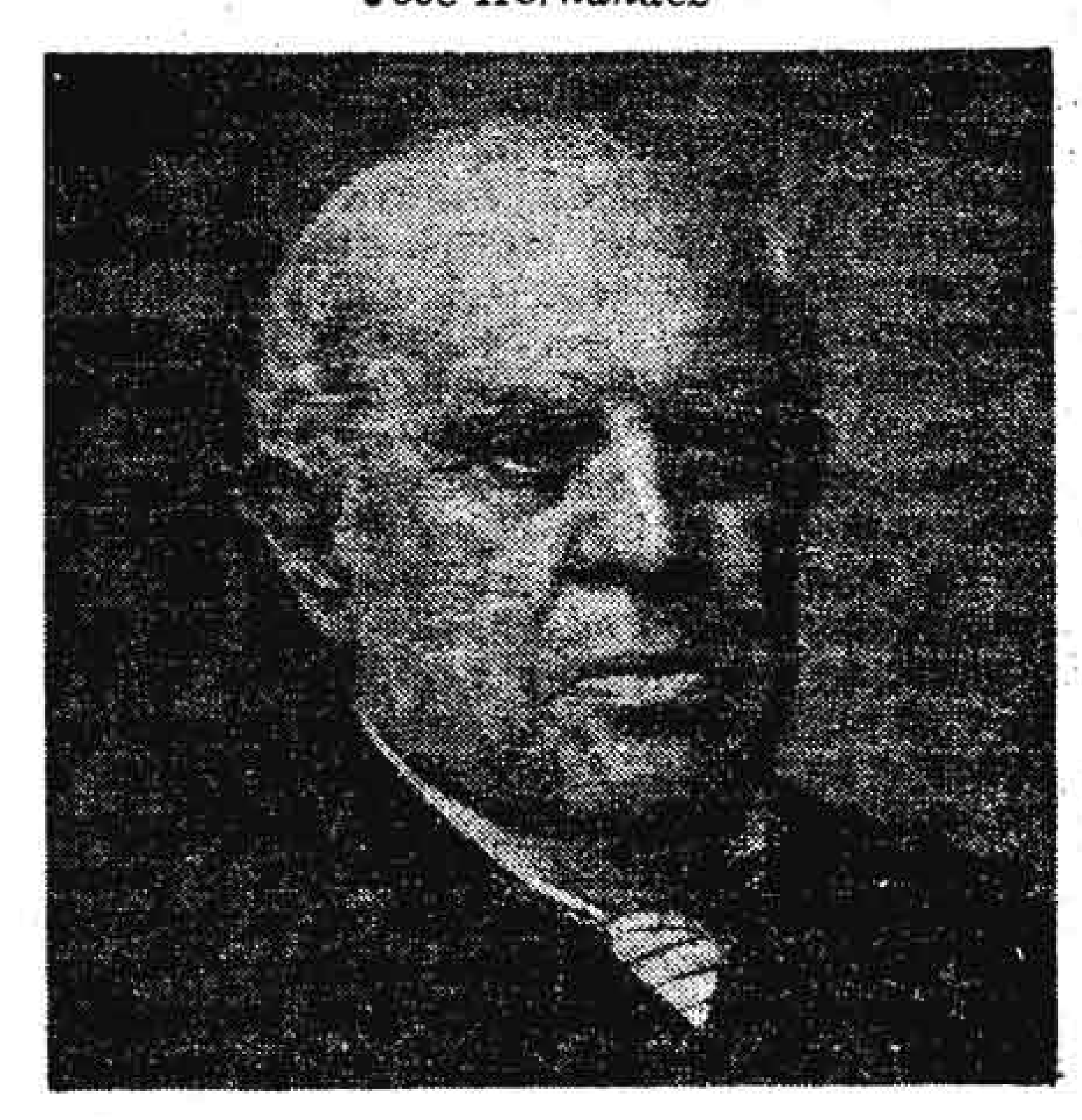
Pero quiero detenerme en cómo fue visto por quienes esculpieron su rostro específico. En discrepancia con el parecer de sus contemporáneos, entre ellos el democrático Echeverría, escribíale J. Quiroga Rosas a Juan B. Alberdi, hacia el año 1840: "¡Cómo nos hemos engañado con este pueblo! Este pueblo desgraciado se contempla con la mayor sangre fría, poltrón, hambriento, aniquilado, quizás diezmado, y nada lo anima. Tiene fuerzas para envilecerse dispersándose él mismo como los judíos; pero ¡ah!, no tiene tenacidad judía para unirse y protestar. Tal vez yo, que nunca desespero, soy el único que tenga alientos para esperar todavía de él. ¿Y qué pueblo no ha tenido su tirano y lo ha sufrido más que nosotros?" La carta está dirigida, precisamente, a uno de nuestros mejores pensadores y escritor valiente, que tuvo también del pueblo la noción del ju-


Joaquín V. González


Enrique Larreta



José Hernández



Juan Faustino Sarmiento

rista y del civilizador, es decir, la de un estadista republicano, democrático y federal. Se lo reprocha Groussac, que no tuvo simpatía ni ternura para el pueblo, y su reproche es aplicable a la casi totalidad de los escritores que han plasmado el modelo al que responden fielmente los copistas. Dice Groussac: "El público representa la masa pasajera de la nave, que va por donde lo hayan dispuesto los que mandan la maniobra y dirigen el timón. Los únicos culpables, puesto que al asumir el gobierno han aceptado la responsabilidad, son los pilotos dormidos, los jefes que juegan sobre cubierta en vez de estudiar los derroteros y vigilar la máquina. Cuando, pues, se habla del pueblo en relación con las creencias y gustos dominantes, ha de entenderse la clase dirigente que vierte la sugestión del bien o del mal en la muchedumbre pasiva. Ahora bien: este grupo director es el que más y más abdica sus funciones en la República Argentina —y claro está que Alberdi y sus obras no son aquí sino el accidente y ejemplo particular de que me valgo para demostrar el teorema general. Poco me cuidaría de Las Bases, si este caso aislado no denunciara toda una situación psicológica. Los fatuos que se alarman, mirando por el cuerpo más que por el alma, ante la merma de la riqueza física, sin fijarse en la mengua de la energía moral, desconocen la posición del problema." . . ."El prosista superficial que nos ha prodigado los aforismos sobre la inmigración e industrialismo, haciendo espejar ante los ilusos la visión fantástica de una California sin minas de oro, y dando de barato la cría de argentinos, no tenía, por supuesto, ninguna noción sana del problema según se desprende de sus delirantes afirmaciones".

Este reproche de Groussac al "pueblo constitucional" de Alberdi es perfectamente transferible al de Sarmiento, y ambos son los escritores políticos que, tras las huellas de Echeverría, han estereotipado la efigie del pueblo ciudadano, elector y víctima de los gobernantes opresores con que pervive en las letras.

El pueblo ha sido tratado como una especie de ganado fino —"la cría de argentinos", dice Groussac—, al que se ha refinado en lo estrictamente conveniente para obtener mejor precio en el mercado del trabajo y en los comicios. Turbamasa, muchedumbre, recua, no ha tenido un diácono que intercediera entre él y el superior de la Orden. Tal vez como se lee en Martín Fierro: "Buscá madre que te engüelva / le dice el cura y lo larga, / y empieza a correr el mundo/ como burro con su carga". ¿Qué ésta es una condición del pobre, del hombre de la calle y del montón del proletariado en todas partes del mundo? De acuerdo. Pero yo no me refiero a la condición universal del pueblo sino a su desamparo, a su situación de animal indefenso, a su orfandad, objeto de compasión o de desprecio, tal como la conozco en mi país. Pues hay en la literatura argentina, sin duda, piedad para el desvalido, caridad para el desheredado; hasta hubo apóstoles de la pobreza, como Rosas, Almafuerte, Yrigoyen y Perón, para tomar diversos aspectos de su real situación de huérfano. Todos, aun los déspotas y aristócratas, se acuerdan de él en sus oraciones. Pero no se trata de eso, por supuesto. Pues ahí está la falla más grave, la hendidura que vulnera todo el arrogante edificio de nuestras letras: la falta de sentido humano, de solidaridad, de simpatía, de comprensión para el pobre y el desdichado. Para mí, fiel al pathos de Dostoiewsky, Whitman, Thoreau, Péguy o Simone Weil, el pueblo es entidad que puede definirse de muchas maneras, pero que no necesita obligatoriamente ser definido. Basta que pueda expresarse la vivencia de su ser, pues más bien debe ser sentido ya que formamos parte de él y no nos es extraño, y es como si prefiriéramos definirnos e intuirnos mediante fórmulas. Basta que se diga cómo vive.

Bertrand Russell hace un cotejo entre las ideas que tuvieron del pueblo Carlyle y Whitman: aquél lo considera como un monstruo al que debiera cortársele la cabeza, si tuviera una sola; éste lo ama apasionadamente sin especificar por qué. Para Whitman, como para los cristianos y Dostoiewsky, es el portador de una divinidad, aunque esa divinidad no tiene por qué ser divina. Precisamente es posible que no sea divina sino en cuanto humana, demasiado humana. Lo que ha sido el tendón de las más grandes literaturas modernas, la francesa, la rusa, la inglesa y la norteamericana, lo que Balzac, Gogol, Dickens, Dostoiewsky, Whitman y Zola llevan de los tugurios y las cabañas, de las cárceles y las tabernas a los palacios de la cultura internacional, no aparece en nuestras letras. En nuestros cultivos de invernáculo no hay estiércol, y el grano no se pudre. Del sentimiento chauvinista predominante en las letras y que es el de nuestra psicología social, propio del hijo de inmigrante —y no patriótico— debemos inferir el rechazo de las obras traducidas de Hudson (W.H.) a la lectura del gran público, y especialmente de Martín Fierro. Este es un poema que contiene demasiadas máculas de rusticidad para ser gustado por el paladar habituado a manjares mejor sancochados, pero que contiene también exquisiteces para gourmets. Por eso no tiene ciudadanía aún en las letras. Es un paria, un gaucho sin familia, patria ni ley, al que por cortesía se le permite figurar en calidad de pariente pobre con los demás héroes de la épica de colegio.

Es preciso amar de veras al país para aceptar lo que tiene de desagradable, sobre todo en pueblos de tierras americanas donde ha sido objeto de las más inhumanas y despectivas desfiguraciones. Es que en ninguna parte del mundo el pueblo es dechado de humanidad y menos de humanismo, como pretenden nuestros críticos sociales y literarios. Lo reconoció uno de sus apasionados amantes, el archidemócrata Walt Whitman (en sus conversaciones con Traubel): "El todo lo tiene —le dijo—. . . no solamente los atributos de la crueldad, dolo, avaricia, egoísmo y asquerosidad en la conducta, sino también los espirituales, nobles y elevados"; "en algunos respectos es 'un diablo', pero no es todo diablo, ni diablo en su mayor parte". Y comenta Parrington, de quien tomo la cita: "Y por cuanto no es diablo en su mayor parte, el amor, la belleza, la justicia, la fraternidad, el progreso, la civilización que hay en el mundo han sido posibles". (Desarrollo de las ideas en los Estados Unidos). El mencionado poeta se refiere en Democratic Vistas a la relación entre ese pueblo como tema y como personaje literarios. Así, "Considerándolo debidamente —dice— la literatura nunca reconoció al pueblo, y, dígase lo que se quiera, tampoco lo reconoce actualmente. Hablando en términos generales, las tendencias de la literatura han sido hasta este momento la de dedicarse de preferencia a la crítica y a querellar a las gentes. Parecería que entre quienes hacen vida profesional se experimentara alguna repugnancia natural contra el espíritu rudo y fétido de las democracias. Existe, en la literatura reciente, un trato benévolo y relaciones de mutua comprensión, bastante frecuentes en verdad; pero, que yo sepa, nada es más raro en este país que la estimación idónea, científica y reverente del pueblo —de sus elementales riquezas de poder y capacidad latentes, de sus vastos, artísticos contrastes de luces y sombras— con la completa irresponsabilidad para la emergencia que posee América, y en cierta amplitud de histórica grandeza, en la paz o en la guerra, o cualquier círculo de "haute ton" en todos los anales del mundo".

Como el norteamericano, nuestro pueblo, el de Martín Fierro, La Tierra Purpúrea y de Allá lejos y hace mucho tiempo es el mismo que en todos los países, ni mejor ni peor; pero en otros países, inclusive de la América hispánica, ha ingresado ya en las letras, tal como es, sin acicalárselo, acaso con exagerada demostración de sus defectos y taras morales, y ha henchido de grandeza nueva un odre que estaba flácido y fétido de contener residuos de una literatura agria y descompuesta. En mi país ese ingreso es aún resistido, no solamente por el lector culto que pertenece en su mayoría a la clase media inmigratoria sino por el escritor, que es de su misma cepa. Considérase que al autor se desmerece en su categoría de intelectual, si desciende a ocuparse de esas gentes y de sus dramas.

Todavía se está en esa lucha del campo contra la ciudad, que ahora es la de la ciudad contra el campo, y podríamos encontrar media docena de excelentes obras que han sido acogidas con hostilidad por la crítica y en seguida olvidadas, de alta calidad literaria, pero de un lenguaje y una honradez inusitadas en nuestras letras. No podemos juzgar, pues, exclusivamente con criterio estético la narrativa argentina; debemos emplear también los conocimientos de historia y de psicología social comparadas sobre todo en lo que concierne al mundo del pensamiento. Este es el que sufre los más rigurosos dictámenes de reprobación por el juez que para loar o vituperar una obra tiene en cuenta la clase, el abolengo y la fortuna del autor. Pues lo cierto es que nuestros más renombrados y prestigiosos novelistas son ciudadanos de alcurnia y de dinero.

Insisto en que el reproche de Groussac a Alberdi es justo, en cuanto éste considera al pueblo como persona de derecho para descastarlo definitivamente de su clan y de su gens. Lo ha presentado a los ojos de los estudiosos de la vida nacional, siguiendo las sugestiones de Echeverría, como conglomerado al que se le deben acordar derechos y exigir deberes, observándolo en su comportamiento como súbdito del Estado. Como Alberdi, no hemos tomado en consideración la existencia del pueblo sino como ciudadano y elector, agricultor y poblador, soldado y jornalero, y no puede disimularse la certeza de otros observadores que han encontrado en nuestras letras un hito entre realidad y testimonio. La opinión de Whitman sobre la literatura y el pueblo norteamericano (en los últimos treinta años mucho cambió), es la misma de Gide sobre la literatura y el pueblo francés, en cuanto asegura que el pueblo nunca ha interesado al escritor (Reportajes imaginarios). Para nosotros ha sido dificultoso liberar al pueblo de su primera tipificación, fuerte sin duda, con que aparece en la historia al independizarse de sus opresores por la Revolución. Desde entonces se le ve tal como lo han exhibido los historiadores con el uniforme del recluta, con el traje del artesano en las barricadas o en recua tras los agitadores políticos. Rara vez nos han mostrado sin miedo y sin sonrojo su imagen verdadera. Solamente en algunos novelistas rusos del siglo pasado se nos revela con su real fisonomía, para ser pronto enmascarado con algunas de las tradicionales máscaras bajo las que, si no en su carácter, conserva aún el atavío pintoresco que se interpone entre su drama humano y la sensibilidad del escritor y sus prejuicios. Es cierto que hoy el escritor intenta entablar con él un diálogo esencial, olvidando su oficio y poniéndose a su nivel para hablar con su voz, reflejar sus penurias y convertir en materia artística la materia prima antropológica que en la primera etapa de su descubrimiento atrajo particularmente su atención; pero la fraternidad comprensiva y limpia de prevenciones todavía no ha sido entablada a fondo.

UN LIBRO DE BIOY

POR VIRGILIO PIÑERA

Adolfo Bioy Casares: GUIRNALDA CON AMORES (Emecé, 1959).—Admitamos que en **La Invención de Morel**, en **Plan de Evasión** o en **La Trama Celeste,** Bioy se parecía a Borges. Cuando decimos que algo se parece a algo, implícitamente estamos descartando toda noción de identidad. En esos libros Bioy era, en gran parte, Bioy mismo, sólo que caminando por su infierno con un guía. Ahora bien, como el guía abre la marcha sucede que al que camina en pos de él no se le distingue del todo. Por lo demás, esto es perfectamente previsible: en la literatura como en la vida necesitamos siempre un guía para conocer el terreno palmo a palmo.

Ahora en **Corona con Amores** podemos verle la cara a Bioy. El mismo se encarga de decirnos en el Prólogo: "En cuanto a los relatos incluidos en el volumen, que alguna vez pensé titular **Temas y Aventuras**, diré tan sólo que son historias de amor. El elemento sobrenatural, preponderante en mis narraciones previas, en la presente colección apenas determina un desenlace". No vamos a poner aquí esas cosas trilladas que dicen ciertos críticos: por fin Bioy se abrió el pecho y nos mostró su vida; por una vez se ha alejado de rejuegos metafísicos y se nos da en carne viva... Tales simplismos tendrían un efecto contraproducente, esto es, demostrar que en la anterior producción también se abrió el pecho y también se nos dió en carne viva. Diré, en cambio, que por ese conocimiento del terreno que pisa, Bioy resulta convincente y encantador. Digo encantador al modo del mago haciendo salir del cesto a la serpiente. Digo convincente por cuanto el presente libro es la reconstrucción de un trozo de su propia vida: lo vemos a Bioy por las calles de Buenos Aires, por los caminos de Europa, en sus sueños, y en esa desbordante bondad de alma, que bien saben los que lo conocen representa su lado mejor.

A propósito de amor, se creería, leyendo a Bioy, que en este sentimiento le ha ido mal en la vida. Tanto en los relatos como en la parte aforística, se advierte una cierta desilusión. Si el lector sabe leer comprenderá en seguida que dicha desilusión es el precio que pagan todos los amantes altamente afortunados. No hay otra verdad.

Además, está el humor, sin el cual, a mi entender, una obra literaria resultaría intragable. En este tema del amor no me resisto a deslizar aquí un brevísimo relato titulado **Una vida**; en el mismo muestra Bioy ese humor que yo, además de negro llamaría patético: "La cocinera dijo que no se casó porque no tuvo tiempo. Cuando era joven trabajaba con una familia que le permitía salir dos horas cada quince días. Esas dos horas las empleaba en ir en el tranvía 38, hasta la casa de unos parientes, a ver si habían llegado cartas de España, y en volver en el tranvía 38".

Quedamos sobrecogidos: todos los amores y todos los amantes —desde Hero y Leandro hasta Mimí y Rodolfo— quedan confirmados y negados. Lo primero porque esa cocinera es, como se dice, apta para tener su Leandro; lo segundo, porque la absurda vida le impidió conocerlo. Francamente, dan ganas de quemar el tranvía 38, a sus patronos y las cartas que llegarían de España... Pero aún así, ¿serían todos ellos los culpables de tan grande frustración amorosa?

En uno de los relatos Bioy dice de pasada: "Abrí la puerta, para gritar por los corredores, pero esa repulsión nacional contra el escándalo, que tenemos los argentinos, me detuvo". Pues bien, **Corona con Amores** es un libro escandaloso, pero al modo argentino. Por eso mismo, en uno de los aforismos, dice Bioy: "El sentimentalismo, el "clima", la expectativa, la violencia, la muerte, el amor, el interés: indicios de mala calidad literaria". Que él lo crea o no lo crea, no hace al caso. **Corona con Amores** da el escándalo pero rehuye el sensacionalismo. He aquí su verdadero valor literario.

Silvina Ocampo: LA FURIA (Sur, 1959).—Y proseguimos en el "escándalo". En este nuevo libro de Silvina Ocampo, en el cuento que da título al volumen, leemos: "Siempre fué así: por no provocar un escándalo fuí capaz de cometer un crimen". Sin embargo, ¿hay algo más escandaloso que por no escandalizar se llegue al sofocamiento de una criatura? Así ocurre en dicho cuento. En conjunto el libro de Silvina se me parece a esos "cuentos crueles", ahora en moda, y que se cuentan con gran desparpajo en el té de las cinco o en el tranvía... Pondré un ejemplo: un niño, viendo que en pleno mes de abril, su madre le prepara el arbolito de Navidad, le dice extrañado: "Mamá, si estamos en abril, ¿por qué estás adornando ya el arbolito?" Respuesta de la madre: "Hijito, porque como tú tienes leucemia y te vas a morir en agosto..."



Jorge Luis Borges

Pues bien, en **La Furia** hay un cuento, titulado **Las Fotografías**, que en el plano más alto y singular de lo literario, es una muestra concluyente de dichos cuentos crueles. Pocas veces, como en este relato, lo feroz ha alcanzado una nota tan alta. Adriana, una niña paralítica, debe ser fotografiada en el día de su cumpleaños. Esto no sería grave si a las fotos no acompañaran las torturas más refinadas para ponerla a ella en situación. Resultado: Adriana, sofocada por el calor, por las luces, por el olor de las flores, y más que todo eso, por la inconsciente crueldad de sus familiares, es víctima de un colapso. Pero contado así, resulta tan ineficaz como el sueño que tratamos vanamente de reproducir. Es preciso leer **Las Fotografías** de cabo a rabo, es preciso seguirla a Silvina como una Némesis implacable para asimilar todo el horror que nos procura su relato. Y más o menos, todos ellos son escandalosos, verdad que al modo argentino, pero escandalosos en fin de cuentas. Si es cierto que la crueldad está en la base de la condición humana, Silvina ha sabido llevarnos de la mano a esa zona infrahumana donde parece se siguen dando cita los humanos. Estas y otras paradojas conforman eso que llamamos, sin percatarnos de la enormidad que cometemos, la vida de los hombres.

PUNTO DE MIRA



LAS MILICIAS:

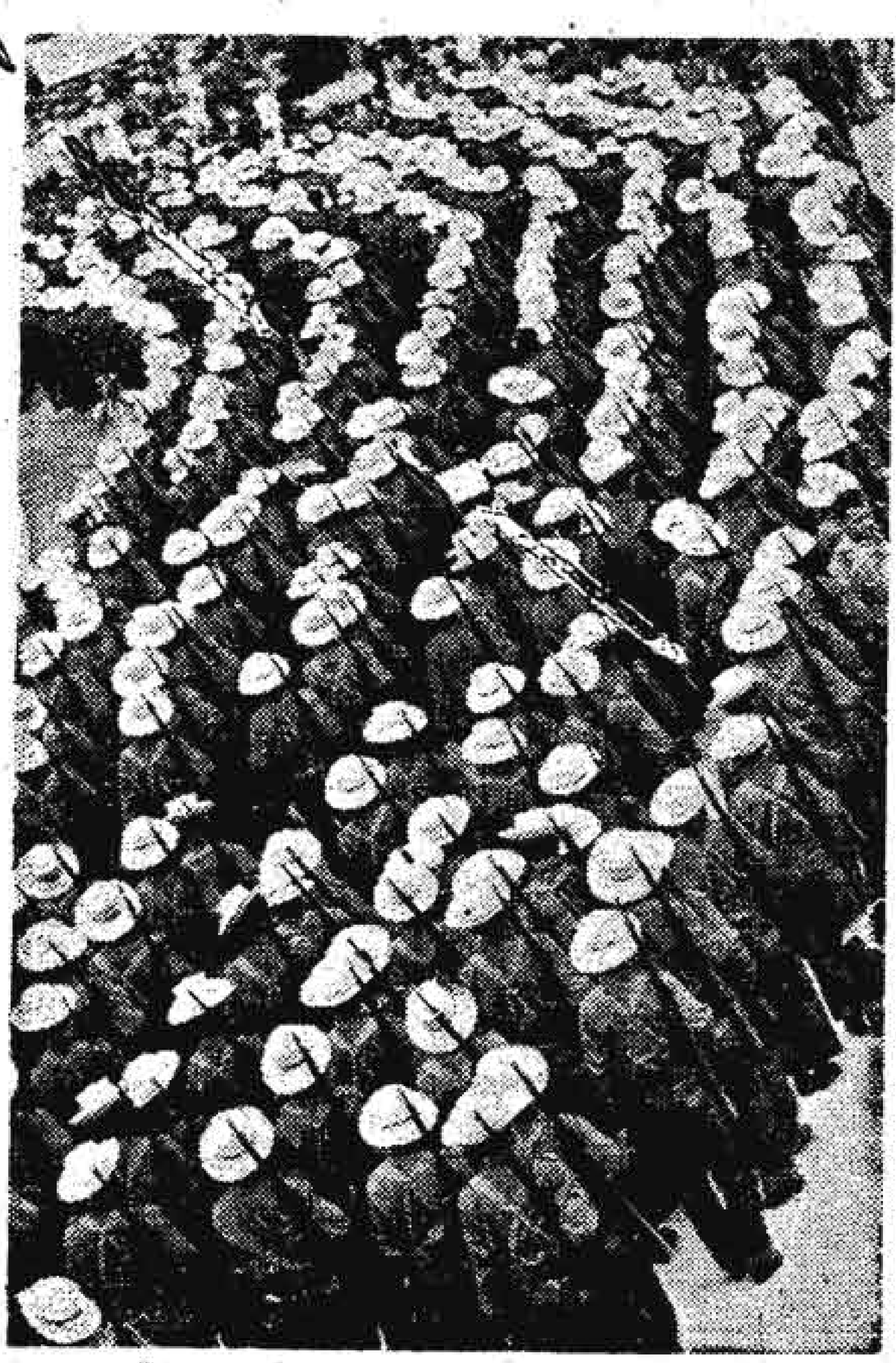
OBREROS E INTELECTUALES

POR JOSE A. BARAGAÑO

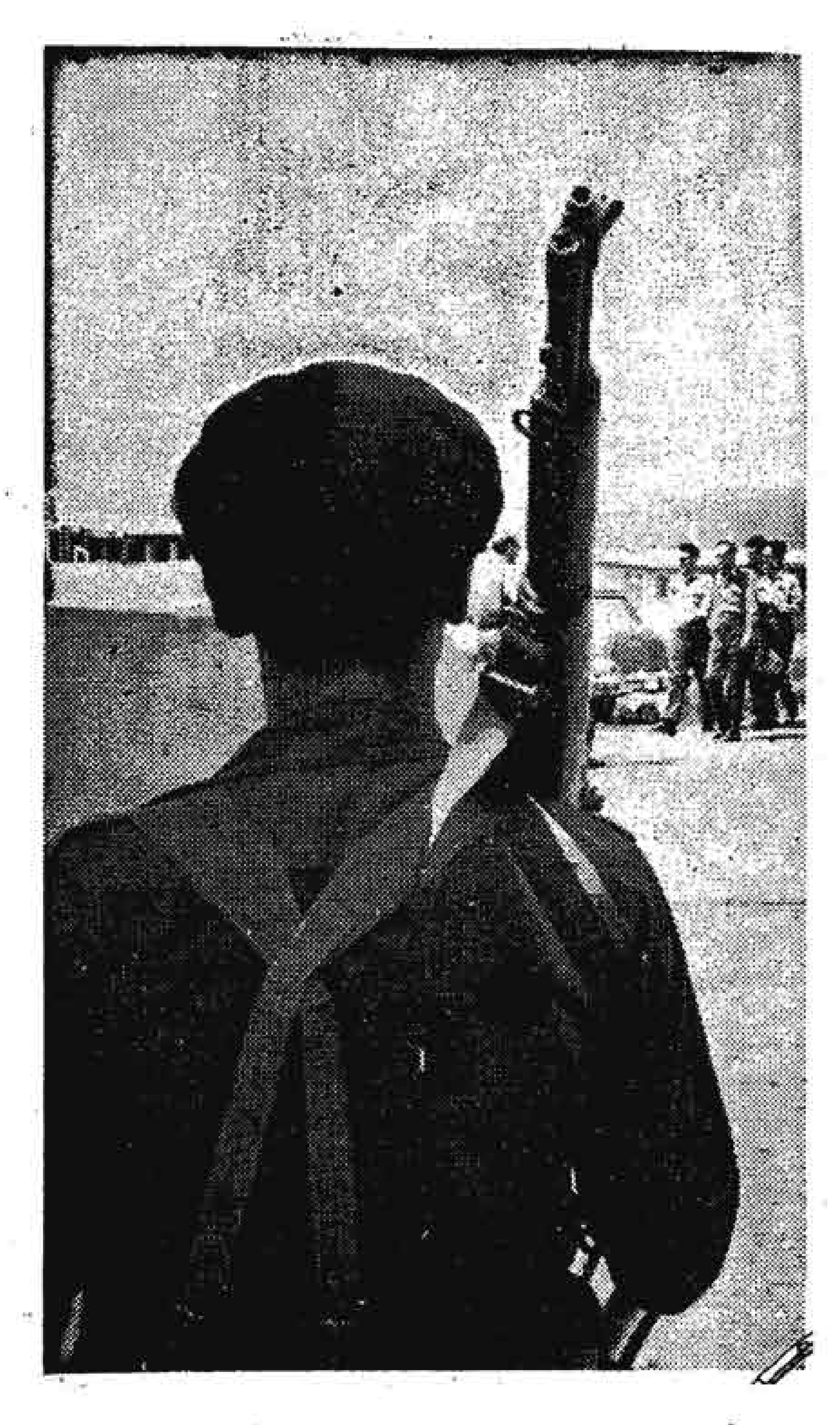
La Plaza Cívica es uno de los lugares más inhumanos que conozco, un monstruo de la arquitectura, un sitio donde se ha despojado al espacio de su sentido, para que la vida de la piedra y el asfalto, que es vida humana salida de la mano del hombre, deje de serlo sin la medida humana que toda arquitectura solicita de la rápida creación artística e intelectual que la crea. Dos veces, ese espacio inmenso de soledad, lo hemos visto humanizado, el 26 de julio de 1959, y el primero de mayo de 1960.

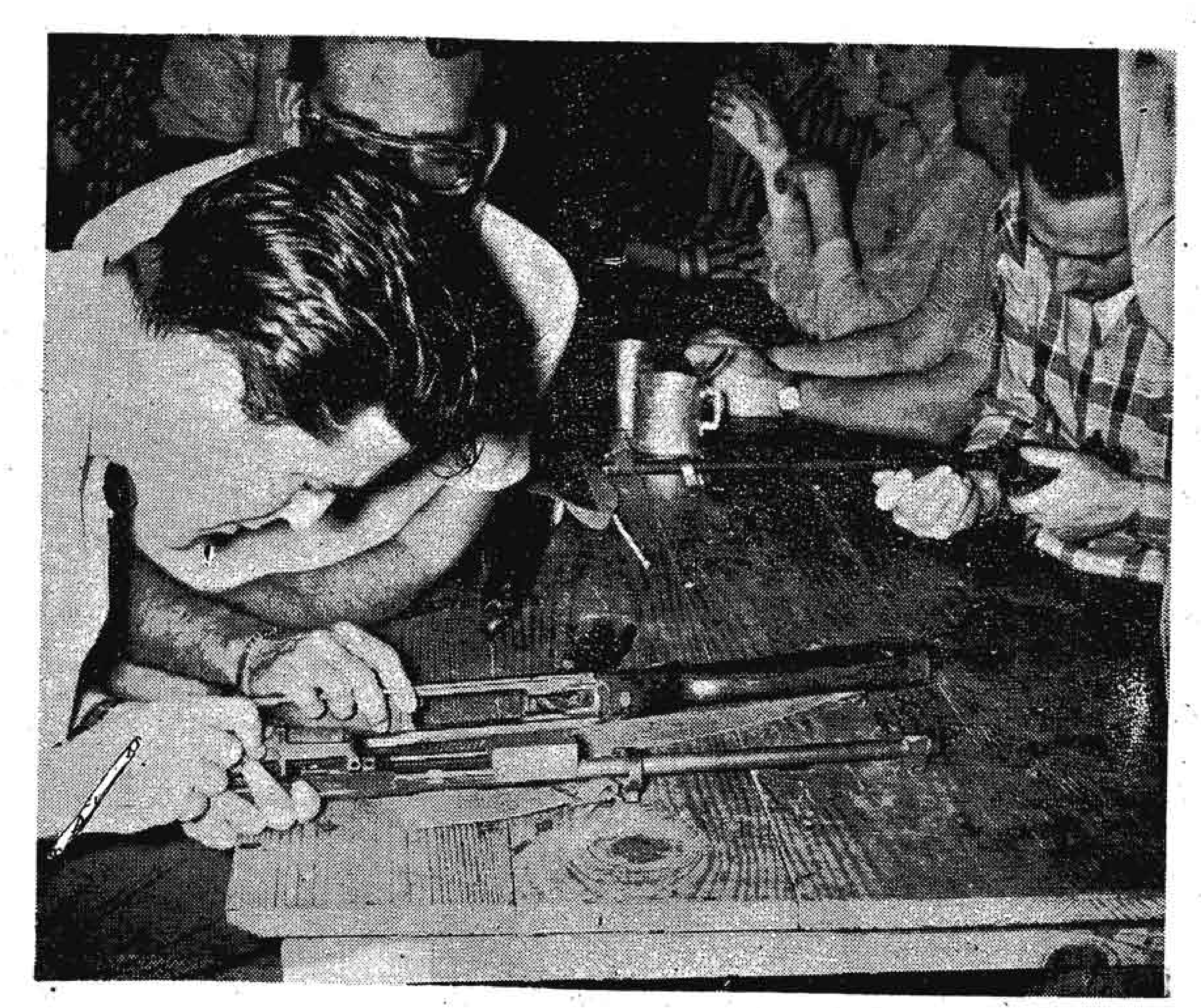
Pero al mismo tiempo que fué humanizado ese espacio, fué humanizado con una realización de la plenitud de un pueblo; es decir, fué humanizado hacia arriba y hacia abajo, con la vida y la esperanza de todo un pueblo. Y esta expresión: todo un pueblo que suele ser una muletilla, algo que el automatismo psíquico coloca para llenar un fragmento de papel en blanco, cobra su esplendor verdadero, cuando decimos: todo un pueblo viviendo el entusiasmo de la creación humana estaba presente en aquel polígono, dándole la belleza del aliento y del calor, del grito y de la esperanza, a la creación mediocre de pésimos arquitectos.

Nos tocaría participar de ese esfuerzo. Más de cien mil soldados de la Nación desfilaron el Primero de Mayo, soldados del pueblo. Nosotros habíamos decidido que nuestro compromiso intelectual debía tomar la forma de la acción armada, porque si es cierto que hay funciones y que un intelectual no es naturalmente un soldado, cuan-









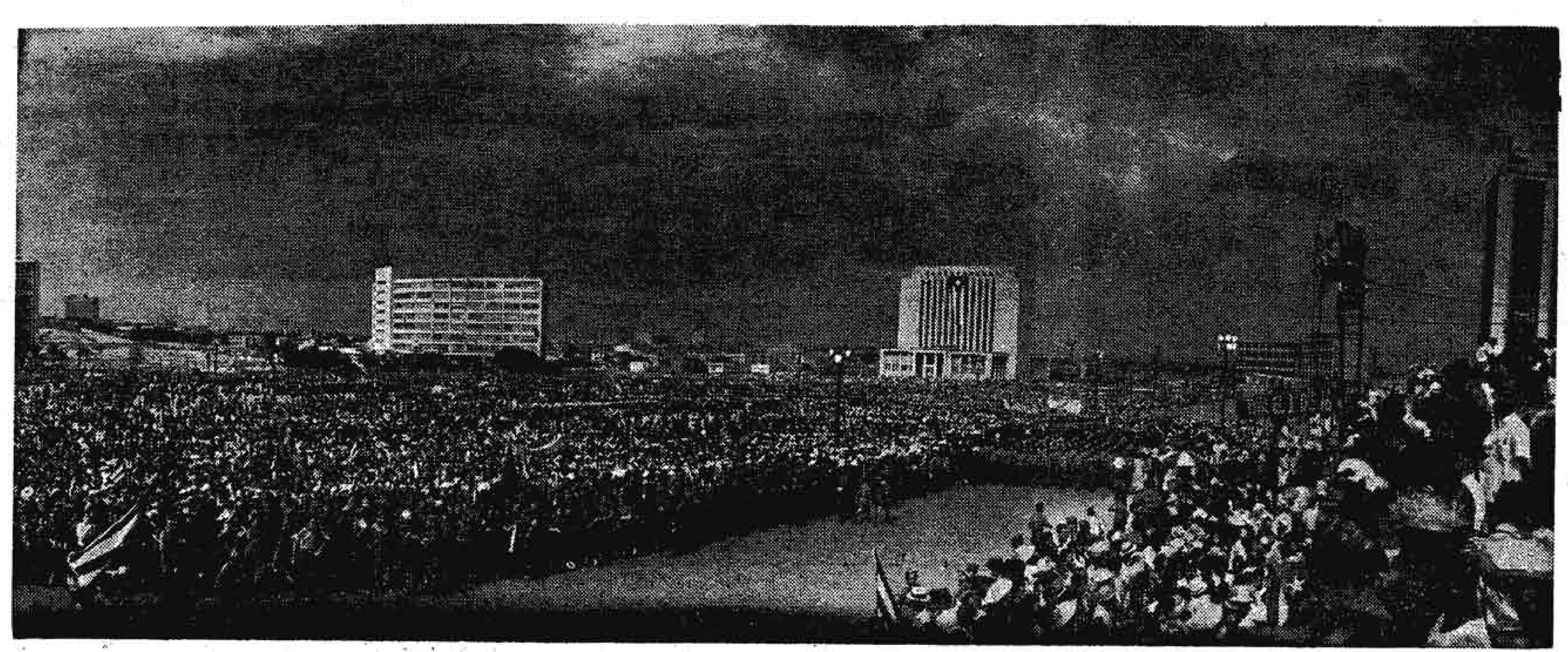
do la situación es límite, la única manera de ser auténticamente es enfrentarse a la muerte ofrecida por una lucha generosa. Por eso nos dispusimos, los de LUNES, y otros muchos, a organizar una milicia que hiciera saber al mundo que los intelectuales y los pintores y escultores del país están dispuestos a comprometerse hasta la muerte, como están comprometidos, con el proceso emancipador del pueblo cubano.

Reunir a dos hombres es algo difícil. Pero aún más difícil es reunir a dos intelectuales para una misma tarea con generosidad. Hubo inconvenientes, dificultades, rivalidades, pero en fin los más decididos y los que comprenden lo que está pasando, la plenitud del peligro, se incorporaron a la milicia. Quedaron algunos rezagados que esperamos que se incorporarán superando lo pobre del cálculo de la situación. Así llegó el momento de desfilar. Ante el problema de unidad de todas las fuerzas de la Nación que se presenta, decidimos desfilar con los obreros del periódico REVOLUCION, y el batallón en que iban los poetas, los artistas, los pintores y los escritores estaba integrado por compañeros de los talleres del periódico, sintetizando así la acción total de la Nación que lleva hacia adelante el esfuerzo por crear una nueva Cuba.

Nosotros ejercemos un trabajo: el trabajo intelectual, que no es ni menos ni más valioso que el trabajo técnico o el manual. La vida humana







se diferencia del territorio de la naturaleza, del cosmos, gracias al trabajo. Del trabajo surgen las soluciones y la conciencia de una determinada posición en el mundo. El trabajo tiene un valor económico, pero también tiene un valor ontológico. El Primero de Mayo es el día de los trabajadores, pero también es el día en que se define la posición de cada individuo frente al problema nacional. Los que desfilamos para continuar después nuestro entrenamiento, humildes soldados, así lo comprendimos.

Junto a los miles de milicianos obreros y campesinos, iba una minoría tan dispuesta al sacrificio como la gran mayoría trabajadora, eran los milicianos intelectuales. La unión de las clases trabajadoras de la Nación son su poderío y su esperanza.

